

LA IDEOLOGÍA ANTICATÓLICA DE UN HISTORIADOR: JULES MICHELET

Por ESTANISLAO CANTERO (*)

Jules Michelet (1798-1874), hijo de un padre «más que indiferente» (1), que «pertenecía esencialmente al siglo XVIII, al siglo de Voltaire y de Rousseau», «a la auténtica Francia de Voltaire y de Rousseau» (2) –autores por los que Michelet sentía profunda admiración, como lo plasmó en su *Historia de Francia*– (3), y de una madre «en absoluto devota», con unos abuelos «que hablaban mal de la religión» (4), Michelet no recibió una educación católica, hasta el punto que, según su propio testimonio, «no recibió ninguna idea religiosa» (5). Fauquet califica su educación de «descristianizada» e indica que «sus padres nunca le llevaron a una iglesia» (6).

Bastante autodidacta, sus lecturas de juventud, que consistieron en algunos clásicos, Rousseau, Locke, Destut de Tracy, Fenellon o Madame de Staël, así como la *Imitación de Cristo* leída como afirmación de la subjetividad, no fueron lo más apropiado para hacerle comprender una religión que ignoraba ni contribuir al despertar de una fe en la que no había sido educado; al mismo tiempo, fue amante de lecturas libertinas y toda su vida de una exigente y gran

(*) Fundación Speiro (Madrid).

(1) Michelet, Jules, *Ecrits de jeunesse. Journal (1820-1823). Mémorial. Journal des idées*, edición de P. Viallaneix, Gallimard, 3.^a ed., París, 1959, pág. 187.

(2) Michelet, J., *Journal*, tomo I (1828-1848), edición de Paul Viallaneix, Gallimard, París, 3.^a ed., 1959, pág. 657.

(3) Williams, John R., *Jules Michelet, historian as critic of French literature*, Summa Publications, Birmingham, Alabama, 1987, págs. 55-59.

(4) Michelet, J., *Ecrits de jeunesse. Journal (1820-1823). Mémorial. Journal des idées*, edición de P. Viallaneix, Gallimard, 3.^a ed., París, 1959, pág. 187.

(5) Michelet, J., *Le Peuple*, introducción y notas de Paul Viallaneix, GF-Flammarion, París, 1992, pág. 67.

(6) Fauquet, Eric, *Michelet ou la gloire du professeur d'histoire*, Cerf, París, 1990, págs. 27-28.

sensualidad (7). Bautizado a los 18 años (8) –a poco de la Restauración– por influencia de su primera amante, Hortense Fourcy (9), su conversión, si verdaderamente la había habido (10) –lo que ha sido negado por diversos autores como Carré (11), para el que «nunca fue católico» (12), Febvre (13) o Johnson, que la ponía en duda– (14), fue efímera, pues a los veintidós años, como indica Fauquet, no es cristiano, pues Cristo –en cuya divinidad no cree, como recuerda Gaulmier– (15), es sólo un hombre y no el Redentor (16). Según Jules Simon, Michelet «nunca fue cristiano», hasta el punto de que por recibir el bautismo «no se hizo cristiano», «vanagloriándose de no haber comulgado nunca» (17). En los años en los que escribía la *Historia de la Revolución francesa*, dice Godechot que «no podía soportar el catolicismo» (18). Según Halévy, al final de su vida no creía ni en Dios ni en el hombre (19). En su testamento prohibió cualquier ceremonia religiosa para cuando falleciera y así se hizo.

(7) Viallaneix, Paul, *Michelet, les travaux et les jours. 1798-1874*, Gallimard, París, 1998, págs. 40-49.

Así se manifiesta al revelar las intimidades de su relación con su esposa, en ocasiones pornográficas, de lo que se sentirá *orgullosa*, porque hasta entonces, nadie había escrito un *Diario* tan íntimo, J. Michelet, *Journal*, ed. cit., 1962, tomo II, desde el año 1857, págs. 323 y ss.

(8) Lo que motivó que Halévy comentara: «no omitamos que el éxito de su carrera lo hacía casi necesario», Daniel Halevy, *Jules Michelet*, Librairie Hachette, París, 1928, pág. 25.

(9) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 36 y 40; E. Fauquet, *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 36.

(10) La apreciación de Monod es singularmente ininteligible: se afirma que su bautismo fue «resultado de una conversión religiosa y cristiana», para decir, a continuación, lo contrario, añadir, poco después, que «realmente no se había convertido al dogma católico, pues rehusó hacer acto de creyente comulgando» y concluir que en su bautismo no hubo «verdadera convicción» (Gabriel Monod, *La vie et la pensée de Jules Michelet (1798-1852)*, (1923), Slatkine Reprints y Honoré Champion, Ginebra, 1975, tomo I, págs. 7, 8, 9 y 15).

(11) Para Carré el bautismo de Michelet fue «una concesión a una huidiza exigencia de misticismo» y «tan sólo un gesto simbólico en un momento de crisis y de exaltación sentimental» (Jean Marie Carre, *Michelet et son temps*, Librairie Académique Perrin et Cie., París, 1926, pág. 113).

(12) Carre, J. M., *Michelet et son temps*, ed. cit., págs. 41 y 113.

(13) Febvre da a entender que no hubo verdadera conversión, pues dice que se hizo católico porque en el cristianismo encontró la satisfacción de la necesidad de amor que llevaba en sí mismo y, porque afirma que, tiempo después, Michelet «no perdió la fe. Cogió odio a la Iglesia y a la gente de Iglesia» (Lucien Febvre, *Michelet et la Renaissance*, Flammarion, París, 1992, pág. 215). Si después de romper con la religión católica no perdió la fe, no puede ser debido más que a que nunca llegó a tenerla.

(14) Johnson, Mary-Elisabeth, *Michelet et le Christianisme*, Librairie Nizet, París, 1955, pág. 19.

(15) Gaulmier, Jean, *Michelet*, Desclée de Bruwer, Brujas, 1968, págs. 28-29.

(16) Fauquet, E., *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 64.

(17) Simon, Jules, *Mignet, Michelet, Henri Martin*, Calman Lévy, París, 1890, págs. 207 y 167.

(18) Godechot, Jacques, *Un jury pour la Révolution*, Robert Laffont, París, 1974, pág. 70.

(19) Halevy, D., *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 182.

Alumno brillante del liceo Carlomagno, licenciado en 1818 y doctor en letras en 1819, en 1821 es nombrado suplente de aquel colegio y en 1827, con la protección del Ministro de Asuntos religiosos e Instrucción, Frayssinous, obispo *in partibus* de Hermópolis, es designado profesor de filosofía e historia en la Escuela Normal Superior, en la que, según Jules Simon, que fue uno de sus alumnos, se distinguió como buen pedagogo (20).

Tras el establecimiento de la Monarquía de julio, el 10 de agosto de 1830, le escribía a Quinet: «Debéis venir inmediatamente, amigo mío, todo se organiza; las plazas van a ser ocupadas rápidamente. La vuestra se encontrará sin dificultad si llegáis a tiempo. Nuestros amigos están en el poder: Guizot en Interior y en Instrucción Villemain o Vatimesnil o Cousin. Daos prisa» (21). En 1830 Guizot le nombra jefe de la sección de historia de los Archivos Nacionales; en 1833 sustituye a Guizot en la cátedra de Historia Moderna en la Sorbona y es nombrado profesor de historia y de moral en el Colegio de Francia en 1838. Fue profesor, en 1828, de la hija de la Duquesa de Berry, nieta, pues de Carlos X; y, con la nueva monarquía, fue nombrado, en 1830, profesor de historia de la princesa Clementina, hija de Luis Felipe. En 1838 fue elegido académico de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Gozó, pues, de la protección oficial más elevada durante las dos monarquías.

Como gran parte de los escritores del siglo, también Michelet conoció los «amores» extraconyugales, el primero de ellos con Hortense Fourcy (22), quien por su edad, podía haber sido su madre. En 1818 tiene una nueva amante, Paulina Rousseau, con la que, por interés material (23) y aunque «no la amaba» (24), contraería matrimonio canónico en mayo de 1824 y con la que tuvo dos hijos, Adele, nacida el 28 de agosto de 1824 y Charles, nacido el 17 de noviembre de 1829. Una vez casados, la redujo «a las humildes tareas de cocinera y de doncella» (25) y la «desatendió toda su vida» (26), mostrando, así, que su comportamiento con ella fue totalmente contrario a lo que seis años

(20) Simon, J., *Mignet, Michelet, Henri Martin*, ed. cit., págs. 39-42.

(21) Michelet, J., «Carta a Edgar Quinet, de 10 de agosto de 1830», citado por G. Monod, *La vie et la pensée de Jules Michelet*, ed. cit., tomo I, págs. 181-182.

(22) Petitier, Paule, *Jules Michelet. L'homme histoire*, Bernard Grasset, París, 2006, pág. 34.

(23) Mitzmann, Arthur, *Michelet ou la subversion du passé. Quatre leçons au Collège de France*, La Boutique de l'Histoire, París, 1999, pág. 29.

Véase la carta a sus tías de 8 de marzo de 1824 con tal ocasión (en Paul Viallaneix, *La voie royale. Essai sur l'idée de peuple dans l'oeuvre de Michelet*, Flammarion, París, 1971, págs. 13-14).

(24) Halevy, D., «Le mariage de Michelet», *La Revue de Paris*, 1 de agosto de 1902 (págs. 557-579), pág. 557.

(25) Viallaneix, P., *La voie royale...*, ed. cit., pág. 22.

(26) Halevy, D., *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 71. Así lo consignó él mismo en su Diario (J. Michelet, *Journal*, tomo I [1828-1848], ed. cit., págs. 306-307, 309 y 311).

más tarde teorizará sobre la relación entre los esposos (27) y a lo que diría, mucho después, en *L'amour* (1858). Tras la muerte de su esposa ocurrida en julio de 1839, desde 1842 a 1844 su sirvienta Marie se convierte en su amante (28), siendo sustituida en 1844 por Esther Aupépin, hasta que esta viuda contrae matrimonio en 1847; en 1844 es otra joven sirvienta, Victoire, a la que también hace su amante (29), hasta que, en marzo de 1849, contrae nuevo matrimonio, esta vez civil, con Athénaïs Mialaret, casi veintiocho años más joven que él (30), quien, si no le dominó hasta imponerle sus libros pantéistas, naturalistas o antropomórficos, como sugiere Halévy (31), desde luego se los inspiró, e, incluso, se llegó a decir, aunque hoy ya no se admita, que escribió capítulos enteros (32).

Liberal hacia 1820 –nunca fue socialista y, menos aún, comunista– su evolución hacia el republicanismo más exaltado pasa por su ruptura con la Iglesia y su lucha «religiosa» contra ella. Antes, sin embargo, a juicio de Monod, para obtener una plaza en la Universidad, «dejó creer que tenía opiniones más conservadoras, más moderadas, que las que sentía en su fuero interno» (33) y, como ha observado Mitzmann, su conversión «le fue útil durante el primer decenio de su carrera que coincidió con la fase «Ultra» de la Restauración» (34), durante la cual parece ser que no hizo público su auténtico pensamiento, pues ya en 1820, privadamente, escribía que los sacerdotes son «infames y malvados» (35).

En la más reciente de sus biografías, sin crítica alguna, Petitier excusa la conducta de Michelet bajo el tópico de la necesidad: «Para trabajar en un sistema educativo todavía muy vinculado a la Iglesia católica, Michelet se considera obligado a cierta hipocresía» (36). Johnson, tras Monod, al seguir la tra-

(27) Michelet, J., *Oeuvres complètes. Histoire sociale. Le prêtre, la femme et la famille*, estudio introductorio de Alfred de Fouillé, Calmann-Lévy, París, s.f., págs. 274 y ss.

(28) Según Petitier, al mismo tiempo era su amante la señora Dumesnil, antes de que volviera a la observancia del catolicismo poco antes de su muerte (P. Petitier, *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 174).

(29) Viallaneix cree que justifica su conducta con sus criadas «por su culto del pueblo» ya que «con Marie y con Victorie imagina amar a todo el pueblo» (P. Viallaneix, *La voie royale...*, ed. cit., págs. 50, 52-54); y a esto se le llama amar al pueblo y educación del pueblo. Monod lo había dicho antes: esa relación «la transformaba en un sentimiento de comunión mística con el pueblo»; pero, entonces, ¿por qué «se lo reprochaba Michelet»? (G. Monod, *La vie et la pensée de Jules Michelet (1798-1852)*, ed. cit., tomo II, pág. 166).

(30) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux et les jours. 1798-1874*, Gallimard, París, 1998, págs. 255, 256, 259, 278, 286, 287, 297, 312, 344. En *La voie royale* da otras fechas diferentes (pág. 50).

(31) Halévy, D., *Jules Michelet*, ed. cit., págs. 133-136 y 147.

(32) Chabaud, Alfred, *Jules Michelet. Son oeuvre*, Editions de La Nouvelle Revue Critique, París, 1929, págs. 41-42.

(33) Monod, G., *La vie et la pensée de Jules Michelet*, ed. cit., tomo I, pág. 31.

(34) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 29.

(35) Michelet, J., *Ecrits de jeunesse...*, ed. cit., pág. 91.

(36) Petitier, P., *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 44.

yectoria de Michelet, observó que en 1820, como el vicario saboyano, se separa de los dogmas y no acepta más que la parte moral de la religión; que en 1825, en su *Diario*, «se entrevé un paganismo apenas disimulado»; que en 1828, en su *Précis de l'histoire moderne*, denuncia a la Iglesia como enemiga de la libertad; que en 1830, en sus clases de la Escuela Normal, muestra sus primeros ataques contra los jesuitas (37).

Su primera obra de importancia, antes de ser considerado un reputado historiador, fue *Principes de la philosophie de l'histoire* (1827). Se trataba, de una adaptación de los *Principi di scienza nuova* del napolitano Giambattista Vico. Como él mismo explicaba, era una «traducción abreviada», realizada «suprimiendo, abreviando y transponiendo» aquello, que en su opinión, desmerecía o dificultaba su comprensión (38). A pesar de indicar que la *Ciencia nueva* es «una demostración histórica de la Providencia, una historia de los decretos con los que, sin saberlo los hombres y, frecuentemente, a pesar de ellos, ha gobernado la gran ciudad del género humano», que la Providencia divina «ha fundado un derecho natural común en las costumbres de la naciones» (39), que «es necesario que exista una sabiduría por encima del hombre (...), que no nos impone leyes positivas, sino que para gobernarnos se sirve de costumbres que seguimos libremente» y que «el primer principio de la Ciencia nueva» consiste en que «los hombres han construido ellos mismos el mundo social tal como es; pero, no por ello, este mundo ha dejado de salir de una inteligencia, frecuentemente contraria, y siempre superior a los fines particulares que los hombres se habían propuesto» (40), es lo cierto que Michelet sólo retuvo de la obra de Vico que el hombre es artífice de sí mismo. Años más tarde indicará que de la obra del napolitano «la verdadera luz moderna» es que «la humanidad es obra de sí misma»; y que «la humanidad se hace quiere decir que las masas hacen todo (...) que los grandes nombres hacen poco (...) que el buen gigante es el Pueblo» (41). Años más tarde repetirá la misma idea: «La sentencia de la *Scienza nuova* es esta: *la humanidad es obra de sí misma*». Y añadirá: «Dios actúa sobre ella, pero mediante ella. La humanidad es divina, pero no hay, desde luego, un hombre divino» (42). Como advirtió Cornuz (43), Michelet

(37) Johnson, M. E., *Michelet et le christianisme*, ed. cit., págs. 19, 24, 28 y 31.

(38) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire, traduits de la Scienza nuova de J. B. Vico et précédés d'un Discours sur le système et la vie de l'auteur*, Jules Renouard, París, 1827, págs., V y VI.

(39) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. XIII y XVI.

(40) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., pág. XLIII.

(41) Michelet, J., *Histoire de la République romaine*, en *Oeuvres complètes*, tomo 28, Ernest Flammarion, París, 1893-1898, pág. 2.

(42) Michelet, J., «Avant-propos», *Oeuvres choisies de Vico*, en *Oeuvres complètes*, Ernest Flammarion, París, 1894, tomo 27, pág. 3.

(43) Cornuz, Jean Louis, *Jules Michelet. Un aspect de la pensée religieuse au XIXe siècle*, Librairie E. Droz y Librairie Giard, Ginebra y Lille, 1955, pág. 116.

entendió a Vico de modo diferente a lo que éste expresó, expulsando de su concepción a la Providencia divina. Años más tarde, en una anotación de 13 de abril de 1854, incluso llegaría a afirmar que «Vico es cristiano, pero supera el cristianismo por la grandeza pitagórica y virgiliana» (44).

Con esa obra y con la traducción de otros textos en 1835 (45), Michelet dio a conocer la obra de Vico pero ello no impidió que el napolitano siguiera siendo un desconocido y que su obra se interpretara en sentido contrario a lo que Vico decía. Lo que se debió a la traducción e interpretación de Michelet (46). Luglio advierte que se debió «al modo en que fue leído», pues «queriendo destacar los aspectos precursores de la obra maestra viquiana, Michelet ocul-ta, cada vez más, el componente metafísico» de la *Scienza nuova*, «fijándose tan sólo en aquello en lo que el filósofo desarrolla su trabajo de interpretación filológica», hasta el punto que «separado de sus raíces metafísicas cristianas», la obra de Vico se hace «ininteligible» (47).

A pesar de la presencia de la Providencia en el prólogo de los *Principes*, y de su constatación de que «el ateísmo no ha fundado nada» (48), otras afirmaciones parece que reflejan, ya, su incredulidad: «la idolatría fue necesaria al mundo, tanto respecto a la relación social (...) como a la relación religiosa» (49) y ese es «el origen de la religión» (50). Pero no sólo la religión tiene un origen idolátrico. Al referirse a la acción benéfica del cristianismo se silencia su piedra angular, Cristo: «Dios renovó la sociedad europea sobre las ruinas del imperio romano. Dirigiendo las cosas humanas en el sentido de los decretos inefables de su gracia, estableció el cristianismo oponiendo la virtud de los mártires al poder romano, los milagros y la doctrina de los padres a la vana sabiduría de los griegos» (51).

Ese mismo año, en 1827, aparece su *Précis de l'histoire moderne*, en el que, a pesar de sus reticencias contra la reforma, sobre todo por sus consecuencias políticas, advierte que «en el siglo XVI el genio moderno brilla de nuevo para no apagarse jamás», gracias al «desarrollo de un espíritu audaz de duda y de examen. En el siglo XVII será en parte frenado por un retorno a las creencias

(44) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 242.

(45) Michelet, J., en *Oeuvres complètes*, tomo 27, Ernest Flammarion, París, 1893-1898.

(46) Pons, Alain, introducción a *Vie de Giambattista Vico écrite par lui-même. Lettres. La méthode des études de notre temps*, introducción, traducción y notas de Alain Pons, Grasset, París, 1981.

(47) Luglio, Davide, en Giambattista Vico, *Vie de Giambattista Vico écrite par lui-même*, traducción del italiano de Jules Michelet, revisada, corregida, presentada y anotada por Davide Luglio, Allia, París, 2004, págs. 11 y 15.

(48) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. XXX.

(49) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. XIX.

(50) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. XXVIII.

(51) Michelet, J., *Principes de la Philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. XLI.

religiosas y en parte desviado hacia las ciencias naturales, pero reaparecerá en el siglo XVIII» (52).

Aunque acabaría siendo un enemigo acérrimo del cristianismo y, especialmente, de la religión católica, todavía en 1833 en el primer volumen de su *Historia de Francia*, justificaba el dogma de la Gracia y glorificaba a Francia por no haber sido arriana (53), en páginas que fueron modificadas o suprimidas en posteriores ediciones (54). «La clave de la evolución», como indicó Le Goff, estaba «en el modo en que Michelet, más que cualquier otro, lee y escribe la historia del pasado a la luz de la historia del presente» y en que «la relación «histórica» entre Michelet y la Edad Media cambia según las relaciones de Michelet con la historia contemporánea» (55).

Así, una Edad Media positivamente valorada, encantadora, afortunadamente cristiana, fue sustituida por otra, oscura y carente de libertad, en la que fue suprimido todo lo que antes aparecía favorable a la Iglesia y a la religión católica. «Los mil años de la Edad Media –escribirá años más tarde– deberían llamarse por su verdadero nombre, *la edad de los llantos*» (56). La explicación, como indicó Le Goff, no es otra que «la evolución de Michelet respecto a la Iglesia y al cristianismo» (57). Hasta Monod, al referirse a ese cambio, tuvo que admitir que, con él, Michelet «perdió parte de su calma, de su moderación, de su imparcialidad científica» (58).

Ya había observado Faguet que Michelet tenía los prejuicios de una época que eran, al mismo tiempo, «los principales artículos del *credo* pequeño burgués de 1840»: «Horror a los reyes, fobia a los sacerdotes, temor de los jesuitas, odio a Inglaterra, culto a Alemania, principio de las nacionalidades, creencia en la infalibilidad del pueblo» (59). Con razón, Correard pudo escribir que «la imaginación» «usurpó el lugar que pertenecía a la ciencia», y «los resultados de su labor [erudita] se subordinaron a la pasión que le animaba: no ve

(52) Michelet, J., «Précis de l'histoire moderne», en *Oeuvres complètes*, Ernest Flammarion, París, 1987, tomo 35, págs. 289 y 290.

(53) Véase el elogioso juicio de Alexandre Vinet, *Etudes sur la Littérature Française au XIXe Siècle*, edición y notas de Paul Sirven, Georges Bridel, Lausana, 1923, tomo III, págs. 200-210.

(54) Benichou, Paul, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, Gallimard (1977), París, 2001, pág. 531.

(55) Le Goff, Jacques, «Les Moyen Age de Michelet», en *Pour un autre Moyen Age. Temps, travail et culture en Occident: 18 essais*, Gallimard, París, 1979, pág. 23.

(56) Michelet, J., *Nos fils*, Librairie Internationale y A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie., París, 3.^a ed., 1870, pág. 147.

(57) Le Goff, J., «Les Moyen Age de Michelet», ed. cit., pág. 33.

(58) Monod, G., *Les maîtres de l'histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894, pág. 206.

(59) Faguet, Emile, *Dix-neuvième siècle. Etudes littéraires*, Boivin et cie., s.d (el prólogo tiene fecha de 1887), París, pág. 356.

en los textos más que lo que quiere ver; prescinde, por partidismo, de lo que no sirve directamente a la causa que defiende» (60).

En tiempos tan tempranos como los de 1834, Foisset, «católico liberal» y posteriormente biógrafo de Lacordaire, con motivo de la publicación de los dos primeros volúmenes de la *Histoire de France*, como ha indicado Hauser, tuvo el mérito de advertir en la *Revue Européenne*, que no era la obra de un cristiano y que Michelet ya no era cristiano (61). Observación que es de aplicación a su siguiente libro. En efecto, en 1835, en el prólogo de sus *Mémoires de Luther*, obra que es un alegato contra la Iglesia, junto al elogio a Lutero —«el restaurador de la libertad para los últimos siglos»—, por haber «firmado la gran revolución que legalizó en Europa el derecho al libre examen», aunque le reprochaba haber negado en la teoría dicha libertad e «inmolar el libre arbitrio a la gracia, el hombre a Dios, la moralidad a una especie de fatalidad providencial», Michelet afirma que no mostrará «las llagas de una Iglesia en la que hemos nacido y que nos es querida» (62). ¿Por qué tal engañosa ficción? Ni había nacido en ella, ni, en el supuesto de que la hubiera amado, en ese momento, perduraba tal amor: «Al mediar la historia de Roma encontré el cristianismo naciente; al mediar la historia de Francia lo encontré envejecido y agobiado; aquí lo vuelvo a encontrar, una vez más. A cualquier sitio que vaya está ante mí; me cierra el camino y me impide pasar» (63).

Pero no fue hasta 1843 que la acusación de combatir a la Iglesia y a la religión católica explotó y generó una gran polémica. En efecto, con la publicación de *Le Monopole universitaire* (64) y *L'Université jugée par elle-même* (65), se denuncian los ataques de algunos profesores a la religión católica y a la Iglesia. Como consecuencia de la cuestión de la libertad de enseñanza, que era inexistente y que los católicos reclamaban frente al monopolio estatal de la Universidad, establecido mediante una interpretación restrictiva de derechos de

(60) Correard, F., *Michelet*, Société Française d'Imprimerie et de Librairie, París, s/f (pero 1928), pág. 151. En parecido sentido se manifestaba, por los mismos años, R. Harmand (*Michelet. Étude et Extraits annotés*, Librairie Delagrave, París, 1930, pág. 52).

De hecho, se trata de un viejo tópico sobre Michelet, quizá muy difundido desde Taine y que puede verse en mucho autores, de lo que es buena muestra Crozals, que le sigue a pies juntillas (M. J. de Crozals, «L'Histoire», en L. Petit de Julleville, *Histoire de la langue et de la Littérature française des origines à 1990*, tomo VII, *Dix-neuvième siècle. Période romantique (1800-1850)*, Armand Colin et cie., París, 1899, págs. 495-505).

(61) Hauser, Henri, «Michelet et Théophile Foisset (1834-1837)», *Revue de Bourgogne*, 1913, vol. 3 (págs. 233-249), págs. 233, 239-240.

(62) Michelet, J., *Mémoires de Luther*, introducción de Claude Mettra, Mercure de France, Mesnil-sur-l'Estrée, 2006, págs. 48 y 49.

(63) Michelet, J., *Mémoires de Luther*, ed. cit., pág. 51.

(64) *Le Monopole universitaire destructeur de la Religion et des Lois ou la Charte et la liberté de l'enseignement*, Librairie chrétienne, Lyon, 1843.

(65) Desgarets, Nicolas, *L'Université jugée par elle-même*, L. Lesne, Lyon 1843.

la Carta de 1830, libertad rechazada por los liberales en el poder cuyo volterianismo y anticlericalismo suponía establecer una condición peor para los católicos, se desata una fuerte polémica que alcanzó, también al Colegio de Francia, al ser denunciadas, abiertamente, las enseñanzas de Michelet por sus ataques a la religión y a la Iglesia.

Si en sus lecciones de los cursos de los años 1838 y 1839 en el Colegio de Francia, Michelet todavía expone los beneficios del cristianismo, pues las órdenes monásticas son la civilización, la Iglesia es protectora del débil, se muestra favorable a los conventos de monjas y a las misiones de los jesuitas, aunque no a su educación que critica duramente, y el cristianismo es «salvaguardia de las mujeres en la Edad Media» (66), en el curso de 1841 se muestra contrario a San Ignacio de Loyola y a la Compañía de Jesús y en el de 1842 abiertamente anticatólico, con una interpretación de la Santísima Trinidad aplicada a la historia humana intolerable para cualquier católico (67).

Michelet, en unión de Quinet (68), fue uno de los que más contribuyó en los años cuarenta a reavivar *el mito jesuita*, recurrente a lo largo de todo el siglo y que, lejos de ser «un producto espontáneo del inconsciente colectivo», como ha mostrado Leroy, fue obra de liberales, de bonapartistas, de jansenistas y de monárquicos regalistas, a los que les sirvió «de arma de propaganda en el combate político» y fue «el chivo expiatorio, causa de todos los males que sufre la sociedad», pues la escasa presencia y actividad de los jesuitas no justificaba «ese desbordamiento de odio y de miedo de los que la literatura y la prensa, la elocuencia judicial, parlamentaria y universitaria se hicieron eco» (69).

En efecto, en el curso de 1843, frente a aquellas denuncias, Michelet, en unión de Quinet, puestos de acuerdo y repartiéndose el trabajo, reaccionan con sus lecciones contra la Compañía de Jesús, publicadas poco después en un volumen conjunto, *Des jesuites*. Michelet, olvidando sus elogios anteriores, se lanza a una diatriba y a una requisitoria que se extendió a toda la Contrarreforma (70). Si bien la ruptura con la religión católica ya se había producido, con este enfrentamiento manifestará que rompe definitivamente con la Iglesia, a la que pretenderá sustituir por una nueva religión, nunca claramente definida, expuesta en sucesivas obras: «Adiós Iglesia, adiós mi madre y mi hija, ¡adiós fuentes que fuisteis tan amargas! Todo lo que amaba y conocía lo dejo por

(66) Michelet, J., *Cours au Collège de France*, edición y prólogo de Paul Viallaneix, Gallimard, París, 1995, tomo I, págs. 142-187 y 187.

(67) Michelet, J., *Cours au Collège de France*, ed. cit., págs. 461 y 480-495.

(68) Cantero, Estanislao, «Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Edgar Quinet», *Verbo*, núm. 457-458, agosto-septiembre-octubre 2007, págs. 591-620.

(69) Leroy, Michel, *Le mythe jésuite. De Béranger à Michelet*, PUF, París, 1992, págs. 7, 26, 8 y 6.

(70) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 173 y 277.

el infinito desconocido, por la sombría profundidad desde la que siento, sin saberlo aún, el Dios nuevo del futuro» (71).

En 1845, en otro panfleto anticatólico, lleno de mentiras, medias verdades y falsedades históricas, *Du prêtre, de la femme et de la famille* (72) —obra calificada por Jules Simon como «una novela, una escena de comedia, de comedia implacable»— (73), pretendió demostrar que la Iglesia es contraria a la familia al apoderarse del alma de la mujer por medio de su confesor (74). Escrita tres años después de la muerte de su amiga Adele Dumesnil, de cuyo lecho de muerte fue apartado por la influencia de un sacerdote, Michelet, «herido de celos y deseoso de venganza» (75), no sólo arremete contra el sacramento de la confesión y la dirección espiritual, núcleo de su plúmbeo discurso, sino contra la religión católica en su conjunto. En ese libro se alude a los sacerdotes como «nuestros enemigos», «enemigos de la Revolución y del futuro», los conventos de monjas son peores que prisiones o manicomios, las monjas constituyen una «viudez estéril», el culto al Sagrado Corazón de Jesús es una idolatría y propone sustituir a la Iglesia por la religión de la familia (76). Lo expresaría con mayor amplitud pero no con mayor claridad, un año después, en *Le peuple* (1846), libro con el que pretendía la educación de la parte más menesterosa de la población: una religión del amor donde sus actores e intercesores serán el pueblo, la mujer y el niño. La tesis de Michelet suponía que la unidad familiar sufría la interferencia del confesor, que por su influencia sobre la mujer, hacía imposible tal unidad. Entre el cúmulo de indignados autores que le respondieron, Nettement subrayó, con toda razón, que Michelet, no consideraba a la mujer igual de libre e inteligente que el hombre y que la quería sujetar a las ideas del marido —de hecho, así lo explicará en *L'Amour* (1858), donde supone la inferioridad intelectual de la mujer y de la esposa respecto al hombre y al marido— (77), como si los esposos fueran

(71) Michelet, J., *Journal*, tomo I, ed. cit., pág. 517.

(72) Es difícil entender cómo profesores sesudos, hayan podido aceptar, como válido, como acorde con la realidad, la descripción y el diagnóstico de Michelet (así, P. Viallaneix, *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 288-289).

(73) Simon, J., *Mignet, Michelet, Henri Martin*, ed. cit., pág. 226.

(74) La misma idea en Michelet, J., *Journal*, tomo I, ed. cit., pág. 525

(75) Halevy, D., *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 122.

(76) Michelet, J., *Le prêtre, la femme et la famille*, estudio introductorio de Alfred Fouillée, Calmann-Lévy, París, 1845, págs. 3, 266, 232, 226, 174 y 306.

La animadversión hacia la religión católica durante esos años fue juzgada así, por Strowski: «Se convirtió en implacable contra ella; no temía contradecirse; sólo temía una cosa, no ser suficientemente violento y la Iglesia ya no fue para él más que la escuela de la mentira, de la desmoralización y de la esclavitud» (Fortunat Strowski, *Tableau de la Littérature française au XIXe siècle et au XXe siècle*, Mellottée, París, pág. 317). En parecido sentido, René Canat, *La Littérature française au XIXe siècle*, tomo I (1800-1852), Payot et cie., París, 1921, pág. 95.

(77) Michelet, J., *L'Amour*, estudio preliminar de Jules Lemaitre, Calmann-Lévy, París, 1920, págs. 157, 169 y *passim*.

Platón o Sócrates redivivos, al tiempo que olvidaba a todos aquellos que eran escépticos, amorales o indignos; que pretendía «la unidad de la familia mediante la destrucción de la personalidad intelectual y moral de la mujer, en beneficio de las ideas del marido, lo que es una idea musulmana» (78).

De modo similar a otros autores anticatólicos contemporáneos suyos que rechazaron la Gracia, antes o después de él, argumentando, como Vigny (79), que suponía una tiranía sobre la libertad del hombre o, como Flaubert (80), que era contraria a la justicia, Michelet se rebela contra la Gracia de Dios. En efecto, en el fondo, lo que Michelet no soporta son los dogmas y, en especial, el del pecado original (81) y la ley de la Gracia —a la que considera, por su gratuidad, una arbitrariedad y una tiranía— (82), a lo que opone la justicia (83). Justicia que, por otra parte, considera insuficiente y pretenderá que sea corregida por el amor, por la fraternidad humana (84), idea tan vaga y abstracta como la que tiene de la justicia. En cambio, la religión de la Gracia es una religión de esclavos, como dirá, años más tarde, en la *Bible de l'humanité* (1864) (85).

Como ya advirtieron sus contemporáneos, «no encuentra otro modo de atacarlo [al catolicismo] más que desnaturalizándolo», siendo absolutamente falso que la doctrina de la Gracia implique, como afirmaba Michelet, que había hombres fatalmente elegidos y otros fatalmente condenados (86). Este defensor de la religión identificada con la patria, se hizo una religión, si así puede llamársela, a su medida. Según Monod, «era su corazón quien le dictaba su religión»; religión rayana en el panteísmo: «su amor por la naturaleza no era más que una forma de la adoración a Dios» (87).

En cambio, entre la apologética micheletiana, Guéhenno indicaba que «quienes hacen la guerra a Dios no son los escépticos, sino más bien las almas

(78) Nettement, Alfred, *Études critiques sur le Feuilleton-Roman*, Deuxième Série, Librairie de Perrodil, París, 1846, págs. 266, 275, 278, 286; la cita en la pág. 286.

(79) Cantero, E., «Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Alfred de Vigny», *Verbo*, núm. 455-456, mayo-junio-julio 2007, págs. 485-514.

(80) Cantero, E., «Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Gustave Flaubert», *Verbo*, núm. 459-460, noviembre-diciembre 2007, págs. 857-888.

(81) Michelet, J., *Le Peuple*, introducción y notas de Paul Viallaneix, GF-Flammarion, París, 1992, págs. 170-174; *Nos fils*, ed. cit., págs. 6-11 y 153.

(82) Véase su interpretación aplicada a la historia en Remaud, Olivier, *La Magistrature de l'Histoire*, Éditions Michalon, París, 1998, págs. 41-45.

(83) Michelet, J., *Histoire de la Révolution*, Alphonse Lemerre, París, 1888, tomo I, págs. 67-79; *Nos fils*, ed. cit., pág. XIV.

(84) Ver Viallaneix, P., *La voie royale...*, ed. cit., págs. 406 y ss.

(85) Michelet, J., *Bible de l'Humanité*, F. Chamerot Libraire-Éditeur, París, 1864, págs. 361-386; P. Viallaneix, *La voie royale...*, ed. cit., pág. 395.

(86) Michelet, J., *Bible de l'Humanité*, ed. cit., págs. 176-377 y 475-479; A. Nettement, *Histoire de la littérature française. Sous le gouvernement de Juillet. 1830-1848*, Jacques Le Coffre et Cie, París, 1854, tomo II, págs. 455 y 455-458.

(87) Monod, G., *Les maîtres de l'histoire...*, ed. cit., págs. 239 y 238.

más exigentes, las más religiosas», como Renan o Michelet (88); y más recientemente, otro incondicional de Michelet, Gaulmier, se esforzaba, inútilmente, en mostrar «el alma religiosa de Michelet» (89) como una de sus características más acusadas. Y no hay más remedio que preguntarse qué entenderá el autor por «religiosa», cuando, al mismo tiempo, se hace hincapié en que, para Michelet, Francia es la intérprete entre Dios y el hombre, en que su religiosidad consiste en un patriotismo mitificador de la patria francesa, que la patria ocupa el lugar de Dios (90) y que, en definitiva –lo que le parece admirable–, Michelet tenía «una religión profundamente humana, sin más dogma que el amor fraterno, sin otro culto que las grandes fiestas nacionales» (91).

¿Creía en algo? En julio de 1839, escribía en su *Diario*: «Yo, que enseñé la inmortalidad del alma, ¡cuánto daría en este momento por creer de corazón! Creo racionalmente». ¿En qué consistía esa inmortalidad? «Esta inmortalidad tal como la concebimos más bien hoy, inmortalidad por migración de globo en globo, por educación a través del mundo, ¿qué es, después de todo, si no queda el recuerdo de lo que se ha sido, ni la percepción de lo que se abandona, ni la contemplación de las lágrimas de los que quedan aquí abajo?» (92).

En una anotación del 28 de marzo de 1849, bajo el epígrafe de *contra el cristiano*, entre otras cosas, le reprocha su oposición al progreso, rasgo común a muchos de los herederos de las ideas difundidas por el romanticismo y el positivismo: «Presumí la Iglesia como idéntica a sí misma, inmutable, con lo que negáis el carácter más fecundo, el movimiento, el progreso. Creéis hacerla más divina, pero no siendo ya humana, tampoco es ya fecunda para la humanidad» (93). Ese progreso, a su juicio, había echado por tierra las creencias seculares, según manifiesta en una anotación de 28 de marzo de 1849: «La teología de la Edad Media ha sido menos conmocionada por los diversos ataques de los albigenses, de los valdenses, de los protestantes, que por la construcción de los enormes edificios modernos que se han alzado cuidadosamente contra el viejo y ruinoso edificio eclesiástico; me refiero al gigantesco edificio del derecho, de las ciencias de la naturaleza, de las nuevas artes, de las industrias. Esta robusta construcción, sin casi empujar a la otra, la ha conmovido, casi derribado» (94).

Quizá por eso, deseando que su deseo se hiciera realidad, vaticinaba: «El cristianismo tiene dos opciones: perecer o transformarse» (95). Desde luego, el

(88) Guehenno, Jean, *L'évangile éternel. Etude sur Michelet*, Grasset, 8.^a ed., París, 1927, pág. 116.

(89) Gaulmier, J., *Michelet*, ed. cit., pág. 42 y *passim*.

(90) Gaulmier, J., *Michelet*, ed. cit., págs. 42 y 51.

(91) Gaulmier, J., *Michelet*, ed. cit., pág. 102.

(92) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo I, pág. 307.

(93) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, págs. 39-39.

(94) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 38.

(95) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo I, pág. 515.

racionalismo impedía la apertura a cualquier creencia sobrenatural. El 29 de mayo de 1849, refiriéndose a sus lecciones en el Colegio de Francia, anotaba: «He propuesto el principio de la fe moderna: nada razonable contra la razón, ningún derecho contra el derecho (...), la clave de bóveda es la autoridad proporcionada por la victoria de la razón humana en las cosas que eran más incontestables: lo que se ve y se toca, lo que se calcula, lo que cree uno mismo (Galileo, Newton, Lavoisier, etc.)» (96).

Aludiendo a su fe y a su mesiánica misión, el 5 de junio de 1849, recordando un paseo con su novia, escribía: «He tratado de transmitirle la simplicidad de mi fe: no buscar lo imposible, sino lo posible y realizable. Y cualesquiera que sean los mundos venideros, prepararlos aumentando, fortificando, enriqueciendo éste. Esto, seguro, está en los caminos de Dios, especialmente en este siglo. El camino es la imitación de Dios Padre, del que crea. Cualquiera que haga esto, según sus posibilidades, tiene que tener una gran seguridad en el futuro y fiarse de la bondad de Dios. Hay dulzura en frecuentar una iglesia, pero la dulzura es mayor al construir una iglesia, y, hoy, es lo que todos estamos llamados a hacer. Amiga mía, por la cooperación con mis pensamientos, crea sin cesar en mí y edifica en mí, construye, sin saberlo, mi iglesia interior. La misión del siglo es crear, no solamente salvarse, sino salvarse creando» (97).

El rechazo de la necesidad de la Redención, ¿no ocultaba la soberbia de querer ser como Dios? Dicho de otro modo, el «seréis como dioses», ¿no es lo que subyace en Michelet? El hombre no podía ser inferior a Dios y, quizá por eso, «el cristianismo es religión de esclavos» (98), pero no sólo en su aspecto social y político, sino, también, religioso. Tal parece que era el fondo de su pensamiento, que aflora aquí y allá. Así, reflexionando sobre la muerte, el 12 de septiembre de 1839, escribía: «¿por qué pensar en Dios es poco consolador? Porque el Dios cristiano juzgará el alma. Sobrevivirá, ¿pero para sufrir? El Dios del panteísmo le dará el reposo, pero absorbiéndola» (99). Refiriéndose a la oración, anota el 24 de diciembre de 1853: «La Edad Media tenía el hábito de rezar. La oración se basaba en la idea de la intervención personal, arbitraria, de la Providencia, idea que, entonces, reinaba. La oración era interesada, era una petición, se esperaba el favor de Dios (...). La oración moderna, más desinteresada, será una armonización del individuo con el amor universal que hace la unidad de las cosas» (100). ¿No expresan estas ideas una igualdad entre el hombre y la concepción que Michelet tenía de Dios?

(96) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 50.

(97) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 52.

(98) Anotación de 20 de noviembre de 1846, J. Michelet, *Journal*, ed. cit., tomo I, pág. 654.

(99) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo I, pág. 317.

(100) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 224.

Desde su cátedra del Colegio de Francia, al igual que Quinet, se erigió, paulatinamente, en defensor de la Revolución y en incitador a una nueva y, sobre todo, en impugnador del mensaje espiritual de la Iglesia católica y en profeta de la religión del futuro, como se advirtió, en mayo de 1843, desde las páginas de *L'Univers* (101). Así, al menos desde 1843, observó Monod, que Michelet se convirtió en un propagandista, «en predicador y tribuno», y que, «en su prisa por ejercer una acción moral, Michelet conculcó los deberes del sabio, del erudito y del crítico» (102). Con toda razón Correard indicó que desde esa cátedra «su enseñanza se había convertido en un arma de combate» (103). En efecto, en la conclusión de su curso de 1848 en el Colegio de Francia, el día 1 de abril, Michelet dejó escrito: «La Revolución no tiene que ser exterior, en la superficie, es necesario que entre y penetre. Ha de ser más profunda que la primera Revolución que fue exclusivamente *política*; más profunda de lo que quieren los socialistas, preocupados, casi únicamente, por mejoras *materiales*. Es necesario que vaya al fondo del hombre, que actúe en su alma, que alcance a las voluntades, que sea una Revolución querida, una Revolución del corazón, una transformación *moral y religiosa*» (104). Y evocando su actuación en los años inmediatos, añadía: «Al volver sobre mis libros y mis cursos que en los últimos cinco años tuvieron una tendencia práctica, política y religiosa y que, de diferentes modos, preparaban la Revolución, no veo nada que lamentar, ni en el método general, ni en los medios específicos, con que inicié al público en ideas, con frecuencia, bien lejanas a él» (105). Los *Jésuites*, el *Prêtre*, el *Peuple* y la *Révolution*, «en estos libros de combate –añade Michelet– no fui tan totalmente absorbido por el combate que, al romper el altar de los falsos dioses, no indicase ya el sitio para otro altar» (106).

Su *Historia de la Revolución* (1847-1853), además de constituir la leyenda del pueblo actor de la Revolución, es una apología de la revolución anticristiana. En Michelet, «el ideal revolucionario se convierte en religión», según expresión de Haac (107). Como lo expresó Godechot, para Michelet, la Revolución «era un acto de fe», y, al escribir su historia, «quiso alzar un monu-

(101) Para conocer el eco de sus lecciones y la polémica en la prensa durante esos años, Elisabeth Brisson, «Le tribun du College de France», en P. Viallaneix y otros, *Michelet, cent ans après*, (págs. 167-195); la referencia a *L'Univers*, en pág. 176.

(102) Monod, G., *La vie et la pensée de Jules Michelet*, ed. cit., tomo II, págs. 8 y 9.

(103) Correard, F., *Michelet*, ed. cit., pág. 149.

(104) Michelet, J., *L'Étudiant*, estudio preliminar de Gaëtan Picon, «Michelet et la parole historienne» (págs. 9-52), Éditions Du Seuil, París, 1970, pág. 173.

(105) Michelet, J., *L'Étudiant*, ed. cit., pág. 175.

(106) Michelet, J., *L'Étudiant*, ed. cit., pág. 176.

(107) Haac, Oscar A., *Les principes inspireurs de Michelet. Sensibilité et philosophie de l'histoire*, Institut d'Études Françaises de Yale University, Yale University Press y Presses Universitaires de France, París, 1951, pág. 49.

mento a la Revolución» (108). El hecho revolucionario, la Revolución, para él, constituye un nuevo evangelio que deberá sustituir al cristiano (109). Para Furet, su *Revolución* es la negación de los Evangelios (110). Según una anotación de 8 de febrero de 1847, su intención era clara: «Aquí he tomado partido: contra monárquicos (legitimistas y anglómanos), contra republicanos terroristas, contra cristianos y contra comunistas» (111). A Lamartine, en carta de mediados de 1847, le reprocha de su *Historia de los Girondinos*, «su tolerancia con la antigua Iglesia» (112); y en noviembre de ese mismo año, cuando todavía eran amigos, en otra carta, le dice que con su *Historia de la Revolución*, «he tomado partido, abiertamente, lo sabéis, contra la iglesia actual por la iglesia del futuro que veo asomar por el horizonte» (113).

Aunque Michelet, formalmente, no se erigiera en fundador de una nueva iglesia como Saint-Simon (114) o Comte (115), sin embargo, no se equivocaba Johnson al indicar que «lo que protagoniza Michelet es una religión de acción y de creación cuyo impulso se encuentra en el hombre», y «una fe fundada en un amor universal y fraterno, capaz de englobar todo lo que vive» (116). Michelet indicó que lo que él enseñaba en *L'Amour*, dirigido al joven, futuro marido, «es religión, de la pura, de la verdadera» (117), aunque no se elevaba por encima del sentimiento, pues, en el mejor de los casos, no era cosa distinta de un amor humano (118), viciado por su erróneo concepto de la mujer. Por su parte, Kaplan estimó que «la meta a largo plazo de Michelet era reemplazar la cristiandad con una religión de la humanidad» (119). Como

(108) Godechot, J., *Un jury...*, ed. cit., págs. 53 y 54.

(109) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 131.

(110) Furet, François, «Michelet» en F. Furet y Mona Ozuf, *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988 (págs. 1030-1039), pág. 1031.

(111) Citado por Furet, François, «Michelet», en F. Furet y Mona Ozuf, *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988 (págs. 1030-1039), pág. 1031.

(112) Citado por Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, pág. 321.

(113) En Carre, J. M., *Michelet et son temps*, ed. cit., pág. 27.

(114) Cantero, E., «Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Saint-Simon», *Verbo*, núm. 441-442, enero-febrero 2006, págs. 101-114.

(115) Cantero, E., «Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Auguste Comte», *Verbo*, núm. 443-444, marzo-abril 2006, págs. 239-315.

(116) Johnson, M. E., *Michelet et le Christianisme*, ed. cit., pág. 141.

(117) Michelet, J., *L'Amour*, ed. cit., pág. 114.

(118) Como contraste a los elogios de Lemaitre en la introducción a la edición aquí utilizada, pues buena parte de sus contemporáneos estimó *L'Amour* escandalosa, Barbey D'Aurevilly dijo que constituía «un ultraje idolátrico» a las mujeres y la calificó de «indecente» (Jules Barbey D'Aurevilly, *Le XIXe siècle. Des oeuvres et des hommes*, selección de textos de Jacques Petit, Mercure de France, Le Mesnil-Sur-L'Estrée, 1964, tomo I, págs. 233 y 234).

Michelet se quejó de las críticas recibidas, pues fue «de todas partes amargamente criticado» (J. Michelet, *La Femme*, en *Oeuvres Complètes*, Ernest Flammarion, 1893-1898, París, tomo 34, pág. 350).

(119) Kaplan, Edward K., *Michelet's Poetic Vision. A Romantic Philosophy of Nature, Man and Woman*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1977, pág. XIV.

observó Mignot, «la religión que Michelet ofrece al pueblo es la suya propia», en la que «hay un sitio para Dios», «pero para un Dios que no pertenece a ninguna confesión, que no exige la creencia en ningún dogma, que no es otra cosa que un símbolo, a la vez científico y sentimental, de las leyes de la Naturaleza, un Dios laico, si nos arriesgamos a usar esta expresión» (120).

Su *Historia de la Revolución*, fue especialmente alabada durante la Tercera República —«tuvo ocho ediciones desde el fin del Imperio hasta 1925, convirtiéndose en una especie de breviario de los republicanos»— (121), hasta el punto que, como indicó Thibaudet, «no se comprende la historia del radicalismo», «ni la mística del camino hacia la izquierda, sin una referencia constante a Michelet; fue el educador de los republicanos que tenían veinte años en 1870 y que entre las dos guerras, conservaron su ardor, sus entusiasmos, sus límites, sus afirmaciones y sus negaciones» (122). Influencia notoria, a pesar de que, tal obra, como han indicado la mayoría de los autores, entre ellos Godechot, «no es ni una verdadera historia, ni una novela, ni un poema épico», y si sobresalió sobre las demás de aquellos años, lo hizo «no por su verdad y su objetividad, sino por el conjunto de cualidades que la hacen una obra maestra literaria» (123). Algunos años antes, Sée, enjuiciando toda su obra histórica, había indicado que Michelet, que «nunca se dedicó a un trabajo de erudición», «fue más grande como escritor que como historiador, fue menos un sabio que un artista» (124).

Febvre, probablemente el historiador que más ha valorado a Michelet, al que consideró «el hombre que creó la Historia», y al que calificó de «dios de la historia» y de «padre de la historia», y al que todo se lo perdonó, a la postre, fue porque «la Historia de Michelet es una obra de arte», y «sería absurdo pedir al arte, exigirle, la clase de satisfacciones que puede dar la ciencia» (125). Para Thibaudet, «en materia de historia, la palabra intuición parecería que hubiera sido creada y traída al mundo por él»; su *Historia de la Revolución francesa* es «libro de guerra, libro de la defensa de una fe, libro de la historia

(120) Mignot, Henri, *Michelet educateur*, Librairie Armand Colin, París, 1930, págs. 21 y 22.

(121) Godechot, J., *Un jury...*, ed. cit., pág. 160.

(122) Thibaudet, Albert, *Histoire de la Littérature Française de 1789 à nos jours*, Éditions Stock, París, 1946, pág. 274.

(123) Godechot, J., *Un jury...*, ed. cit., pág. 111.

(124) Sée, Henri, «Michelet et l'Histoire Resurrection», en *Science et Philosophie de l'Histoire*, 2.^a ed., Félix Alcan, París, 1933, pág. 366.

(125) Febvre, L., *Michelet et la Renaissance*, ed. cit., págs. 93, 107, 127 y 240.

La misma idea justificadora se encuentra en la divulgadora obra de Camille Guy, *Nos Historiens Nationaux. Thiers, Michelet, Henri Martin*, Librairie Gedalge et. Cie., París, s/f (pero hacia 1890), págs. 165-169.

propaganda» (126). No hay controversia respecto a que Michelet, con la Historia, quería «actuar sobre el futuro mediante el pasado» (127). O como había dicho Faguet, Michelet «quiere que la historia profetice la democracia, la anuncie y la traiga» (128). Por ello, su juicio de la literatura francesa, desde sus albores hasta el siglo XVIII, está dominado por esa idea, plasmada desde su revisión de la Edad Media, tal como ha indicado Williams: «Michelet veía la historia en términos de la Revolución francesa, para él expresión del paso final en el progreso de las masas hacia la libertad y la unidad nacional», motivo por el que, conforme a su dogmática creencia, elogiaba a unos autores –como los del siglo XVIII, en bloque– o rechazaba a otros, como los del siglo XVII, a excepción de Molière (129).

Maurras, que no le soportaba en cuanto historiador y padre del republicanismo democrático, decía que «pensaba con el corazón» y que se dejaba llevar por «ese rímero de impresiones e imaginaciones que se forman bajo la influencia de los nervios, de la sangre, del hígado y de otras glándulas» (130). Juicio, que me parece no demasiado alejado del de Barthes, cuando indica que en Michelet, «no es la reflexión la que corrige el instinto, sino que es el corazón, la intuición que da forma completa a la idea» y que su obra es «una maraña organizada de obsesiones» (131), o como años antes lo había expresado Pugh, «su modo de sentir siempre influyó decisivamente en su modo de pensar» (132).

Desde su odio personal a los curas, agravado por el retorno de Adele Dumesnil a la fe católica durante la enfermedad que la llevaría a la muerte (133) y que provocó que se prohibieran sus visitas a la amiga (134), Michelet se acerca a la historia como instrumento de confirmación y difusión de sus ideas políticas. La revolución, que no había concluido, tenía que aunar al pueblo con las élites, y así, acabar lo que había comenzado en 1789. Para él la histo-

(126) Thibaudet, A., *Histoire de la Littérature...*, ed. cit., págs. 272 y 273.

(127) Febvre, L., *Michelet et la Renaissance*, ed. cit., pág. 127.

(128) Faguet, E., *Dix-neuvième siècle...*, ed. cit., pág. 352.

(129) Williams, J. R., *Jules Michelet, historian as critic of french literature*, ed. cit., pág. 63.

(130) Maurras, Charles, *Romantisme et Révolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, págs. 251 y 250.

(131) Barthes, Roland, *Michelet*, (1954), Éditions du Seuil, 2.^a ed., París, 1988 págs. 137 y 5.

(132) Pugh, Anne R., *Michelet and his ideas on social reform*, (1923), AMS Press, Nueva York, 1966, pág. 68.

(133) «Su amiga, la señora Dumesnil, madre de su discípulo y futuro yerno, Alfredo, se muere en su casa de una enfermedad implacable y le solicita los auxilios de la religión. El célebre predicador, el sacerdote Coeur, se convierte en confidente de la enferma y ocupa en su espíritu un lugar que hasta entonces sólo había ocupado Michelet. Este se enerva, se irrita sordamente contra los curas, los directores de conciencia» (J. M. Carre, *Michelet et son temps*, ed. cit., pág. 117).

(134) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., la cita en pág. 81.

ria no era un pasado cerrado que hay que descubrir, sino una «resurrección» que hay que realizar, pues el pasado es un modo de ver el presente, con proyección de futuro, por lo que, con razón, el micheletiano Mitzmann califica «subversiva» (135) su concepción de la historia.

«Resurrección» de la historia realizada *pro domo sua*, sin importarle deformaciones o contradicciones, si al hilo de su exposición justificaban la idea o la tesis que quería transmitir. A este modo de escribir la historia se refirió, por ejemplo, Faguet, al indicar que Michelet la «deforma y trasforma», señalando diversos ejemplos, como el de que en Grecia no hubo esclavos porque los griegos eran politeístas (136). En efecto, escribía Michelet que en Grecia «no tenían esclavos», «no hubieran sabido qué hacer con ellos», para añadir, poco después, que el esclavo ateniense estaba muy próximo al hombre libre (137).

Sus delirios *filosóficos* en «reivindicación» de la «naturaleza» llegaron a la exaltación de la India y de su civilización por su veneración de la naturaleza, que contrapone «al mundo de orgullo de la ciudad griega y romana» (138), todo lo contrario de lo que había dicho quince años antes en su *Introduction a l'histoire universelle* (1831). En ésta afirmaba que «con el mundo empezó una guerra que terminará cuando acabe el mundo: la del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad», y que en la India «el hombre está encorvado, prosternado bajo la todopoderosa naturaleza (...); abrumado por la naturaleza no intenta luchar, se entrega a ella sin condiciones (...), se deja llevar y confiesa, con una voluptuosidad sombría y desesperada, que Dios es todo, que todo es Dios, que él no es más que un accidente, un fenómeno de esa única sustancia» (139).

Mucho se ha escrito sobre el panteísmo de Michelet. Se defendió de las acusaciones de panteísmo alegando que él defendía la libertad del hombre (140). Pero buena parte de sus contemporáneos, incluso de los que lo admiraban como Jules Simon (141), Taine (142) o Monod en algún momento, le consideraron panteísta. A juicio de Harmand, es en *La Mer* (1861) y en *La Montagne* (1868) donde el panteísmo de Michelet se muestra con más fuerza (143). Sin embargo, estudios más recientes, como los de Jonson o Kaplan, han

(135) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 154.

(136) Faguet, E., *Dix-neuvième siècle...*, ed. cit., págs. 354 y 364.

(137) Michelet, J., *Bible de l'Humanité*, ed. cit., págs. 178-180.

(138) Michelet, J., *La peuple*, ed. cit., págs. 176 y 177.

(139) Michelet, J., «Introduction a l'histoire universelle», *Oeuvres Complètes*, 35, Flammarion, París, 1897, págs. 403, 405 y 406.

(140) Pugh, A. R., *Michelet and his ideas on social reform*, ed. cit., pág. 72.

(141) Simon, J., *Mignet, Michelet, Henri Martin*, ed. cit., pág. 45.

(142) Taine, H., *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, Aguilar, Madrid, 1953, pág. 150.

(143) Harmand, R., *Michelet. Étude et Extraits annotés*, ed. cit., págs. 61-62.

negado el panteísmo de Michelet. En opinión de Johnson, «evolucionó hasta un cuasi-panteísmo», aunque no llegó a él porque en el pensamiento de Michelet, el hombre conserva su libertad ante la Naturaleza» (144). Opiniones que tienden a salvar el pensamiento oscuro de Michelet.

En efecto, después de la obra de Van der Elst, el primer autor que analizó sistemáticamente la cuestión en toda la obra del historiador, es difícil dudar del panteísmo de Michelet, que identifica a Dios con la Naturaleza, no sólo en la producción mal llamada de historia natural, sino también en su obra histórica, único modo de intentar una solución armónica y congruente de su pensamiento. Van der Elst, tras mostrar que en su producción no histórica, Michelet es panteísta, comprueba que sus obras de historia, aunque no con tanta claridad, se explican perfectamente con un pensamiento panteísta, de tal modo que puede concluir; «la historia de Michelet reproduce el mismo panteísmo que su historia natural, razón por la que su método menosprecia la observación minuciosa de los hechos y el rigor de las ideas, para centrarse en el gran ser que el mundo social, como organismo cósmico, realiza de mil formas» y que «la idea revolucionaria es la idea naturalista por excelencia, elevada a la categoría de religión» (145).

Según Kaplan, que tacha a Van der Elst de poco comprensivo con la obra de Michelet y casi de mala fe, Michelet no fue panteísta porque «describe una creatividad immanente a la naturaleza mientras afirma claramente la existencia de una divinidad sobrenatural», por lo que considera que fue, más bien, panenteísta (146). Sin embargo, Kaplan, más que explicar la compatibilidad entre una inmanencia y una trascendencia, que no es más que supuesta, lo que hace es seguir a Michelet elaborando una argumentación sobre la base de de lo afirmado —en ocasiones— por Michelet, eliminando todo aquello que se oponga a ese supuesto panenteísmo. Por otra parte, el panenteísmo no fue sino un nombre diferente para intentar soslayar la acusación de panteísmo.

A juicio de Petitier, en Michelet, del que dice que no creía en un Más Allá sobrenatural (147), se observa una evolución hacia cierto naturalismo (148), pues entiende que Michelet considera que «existe una ley universal (que engloba a la naturaleza y al hombre), la del progreso y de la aspiración a superarse» y que «la universalidad de esta ley puede ser el fundamento de una nueva religión» (149).

(144) Johnson, M. E., *Michelet et le Christianisme*, ed. cit., pág. 230.

(145) Van der Elst, Robert, *Michelet naturaliste. Esquisse de son système de philosophie*, Librairie Ch. Delagrave, París, 1914, págs. 220-221 y 227.

(146) Kaplan, Edward K., *Michelet's Poetic Vision. A Romantic Philosophy of Nature, Man and Woman*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1977, págs. 99, 103 y 107.

(147) Petitier, P., *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 318.

(148) Petitier, P., *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 313.

(149) Petitier, P., *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 323.

¿Panteísmo? ¿Naturalismo? ¿Animismo? Además de que desde sus clases de 1830 en la Escuela Normal, donde repudió el panteísmo (150), Michelet recorrió un largo camino, no es fácil clasificar sus creencias dado lo abstruso de su pensamiento y la obscuridad de su expresión en estas materias. En efecto, lo que no es descripción o divulgación —a veces mala—, es un conjunto de simplezas y bobadas antropomórficas, incurriendo en el galimatías en que consisten los desahogos *filosóficos* de sus libros, pomposamente denominados, de historia natural. No hay en ellos una auténtica filosofía (151). Y es muestra de un papanatismo ante sus presuntas genialidades, querer deducir una auténtica filosofía de estas obras que pretenda ir más allá de ser la expresión de un confuso pensamiento. ¿Creía en la actividad voluntaria de los animales y de la naturaleza? ¿Qué los seres irracionales y la naturaleza tenían alma? En cualquier caso, como advirtió Cornuz, Michelet «más que un pensamiento filosófico claro y preciso tiene *sentimientos*» y que aplicada a Michelet «la palabra *pensée* es engañosa. Es de *sentimiento* de lo que hay que hablar» (152).

Al explicar su dedicación «al estudio de la naturaleza», Michelet escribía que «la fe religiosa que tenemos en el corazón y que enseñamos aquí, es que el hombre, pacíficamente, se unirá [a la naturaleza]»; que «el hombre no será verdaderamente hombre más que cuando trabaje seriamente en lo que la tierra espera de él: la pacificación y la reunión armónica de la naturaleza viviente» (153). Los hombres «son los hermanos superiores» de los animales (154); él y su mujer vivían «de un gran soplo del alma, del rejuvenecedor aliento de esta madre amada, la Naturaleza» (155). Este libro, dice Michelet de *El pájaro*, «nos apareció en su idea ardiente, de la primitiva alianza que Dios hizo entre los seres, del pacto de amor que la Madre universal puso entre sus hijos» (156). Con *L'Oiseau* (1856) se propuso «revelar al pájaro como alma, mostrar que es una persona» (157); «la criatura única, santificada y bendita, que debe ser el árbitro de todas, que debe cumplir el destino de este globo mediante un supremo beneficio: la reunión de toda la vida y la conciliación de los seres» (158).

Después de amar a los gorriones, Michelet, con *L'Insecte* (1857), se extasió con los insectos, en cuyo mundo es donde «se encuentran los resplandores más

(150) Johnson, M. E., *Michelet et le christianisme*, ed. cit., pág. 31.

(151) Desde los estudios de Viallaneix, la revalorización filosófica de Michelet ha ido, en aumento, siendo buena prueba de ello las obras de Linda Orr (*Jules Michelet. Nature, History and Language*, Cornell University Press, Ithaca, 1976) y la ya citada de Kaplan.

(152) Cornuz, Jean Louis, *Jules Michelet. Un aspect de la pensée religieuse au XIXe siècle*, Librairie E. Droz/Librairie Giard, Ginebra/Lille, 1955, págs. IX y X.

(153) Michelet, J., *L'Oiseau*, 5.^a ed., revisada y aumentada, Librairie de L. Hachette et Cie., París, 1858, pág. X.

(154) Michelet, J., *L'Oiseau*, ed. cit., pág. XLIX.

(155) Michelet, J., *L'Oiseau*, ed. cit., pág. LII.

(156) Michelet, J., *L'Oiseau*, ed. cit., pág. LV.

(157) Michelet, J., *L'Oiseau*, ed. cit., pág. LV.

(158) Michelet, J., *L'Oiseau*, ed. cit., pág. 289.

penetrantes sobre los dos queridos tesoros del alma: la inmortalidad y el Amor» (159). La naturaleza es el «Alma del mundo» (160). El modo de obrar de la naturaleza «es lo propio del Amor infinito, que siempre va creando, que a cada creación, la lleva a lo infinito» (161). Los insectos –y en general, los animales– en lugar de instinto tienen sentimientos, especialmente el del amor, pero tampoco le son ajenos el sacrificio, el sufrimiento y hasta parece que poseen voluntad (162) e, incluso, alma (163). Un texto singular parece que lo explica todo, si bien la explicación sólo debe estar al alcance de unos pocos: «todo vive, todo siente y todo ama. Maravilla verdaderamente religiosa. En el infinito material –así es como denomina a los insectos– que se profundizó ante mis ojos, veo, para mi tranquilidad, un infinito moral. La personalidad, hasta ahora reclamada como monopolio por el orgullo de las especies elegidas, la veo generosamente extendida a todos y dada a los más ínfimos. La vorágine de la vida me habría parecido desierta, desoladora, estéril y sin Dios, si no hubiera encontrado, por todas partes, el calor y la ternura del Amor universal en la universalidad del alma» (164).

En *La Mer* (1861) se encuentran, también, por doquier, pasajes de una claridad meridiana, fáciles de entender y de interpretar, aunque, seguramente, sólo para los iniciados. Así, «entre la tierra silenciosa y las tribus mudas del mar, se hace el diálogo, grande, fuerte y grave, simpático –la armónica concordancia del gran Yo consigo mismo– ese bello debate que no es más que el Amor» (165). Poco más adelante, contraponen dos espíritus diferentes, uno al que llama «*literalismo bíblico*, que hace del mar una cosa, creada por Dios de una vez, una máquina en movimiento bajo su mano» y «el sentimiento moderno, *la simpatía de la naturaleza*, para el que el mar es animado, es una fuerza de vida y casi una persona, donde el alma amante del mundo continúa creando siempre» (166). Michelet, frente a aquellos científicos que, al parecer, pensaban que explicar demasiado la Naturaleza por sí misma perjudicaría a Dios, aclara que «cuanto más, por doquier, se muestre la vida, más se hace sentir la gran Alma, adorable unidad de los seres por la que se engendran y se crean. ¡Dónde estaría el peligro si se descubriera que el mar, en su aspiración constante a la existencia organizada es la forma más enérgica del eterno Deseo que

(159) Michelet, J., *L'Insecte*, Librairie L. Hachette et cie., 6.^a ed., París, 1867, pág. XXXIX.

(160) Michelet, J., *L'Insecte*, ed. cit., pág. XV.

(161) Michelet, J., *L'Insecte*, ed. cit., pág. 128.

(162) Michelet, J., *L'Insecte*, ed. cit., págs. VIII, 44, 62, 80, 163, 222, 255, 295, 317, 343, 358.

(163) Michelet, J., *L'Insecte*, ed. cit., pág. 272.

(164) Michelet, J., *L'Insecte*, ed. cit., pág. 374.

(165) Michelet, J., *La Mer*, Introducción y notas de Marie-Claude Chemin y Paul Viallaneix, L'Age D'Homme, Lausana, 1980, pág. 38.

(166) Michelet, J., *La Mer*, ed. cit., pág. 49.

antaño evocó este mundo y siempre da a luz en él!» (167). «Tres formas de la naturaleza extienden y agrandan nuestra alma, la hacen salir de sí misma y errar en el infinito»; estas formas son el aire, la tierra y el mar (168). Con el aire se verá «hasta el fondo de Dios». Por su parte, el océano habla y «dice la vida, la metamorfosis eterna»; dice «inmortalidad»; dice «solidaridad. Aceptemos el rápido intercambio que, en el individuo, existe entre sus elementos diversos. Aceptemos la ley superior que une los miembros vivos de un mismo cuerpo: humanidad. Y, por encima, la ley suprema que nos hace cooperar, crear, con la gran Alma, asociados (conforme a nuestras posibilidades) a la amante Armonía del mundo, solidarios en la vida de Dios» (169). Sin duda, todo muy claro.

En el prólogo de *La Montagne* (1868), explica que con esos libros, que pretenciosamente califica de «historia natural», «no pretendió dar su espíritu a la naturaleza, sino penetrar el suyo», de modo que «solicitaba a cada ser, el secreto de su pequeña alma» (170). «El pájaro es una persona» y a «los niños de la mar», es decir, a los animales que viven en el mar, hay que «devolverles la dignidad de almas, recolocarlos en el derecho fraterno y en la gran Ciudad» (171); a su vez, «los montes sublimes», «nos derramaban, también, su alma, serena, pacífica y profunda» (172).

En el balneario de Acqui, en Italia, se dirige a «la tierra negra, viviente», de este modo: «¡Querida Madre común! Somos uno. Vengo de Vos, vuelvo. Decidme francamente vuestro secreto. ¿Qué hacéis en vuestras profundas tinieblas, de dónde me enviáis esta alma cálida, poderosa, rejuvenecedora, que, todavía, me quiere hacer vivir?» (173). Inmerso en una bañera de lodo explica, así, sus sensaciones: «La única idea que me quedaba era la de *Terramater*. La sentía perfectamente, acariciadora y compasiva, calentando su niño herido. ¿Desde fuera? También por dentro. Penetraba con sus alientos vitales vivificantes, me entraba y se mezclaba conmigo, me insinuaba su alma. La identificación se hacía completa entre nosotros. Ya no me distinguía de ella» (174). «¡Era más un matrimonio entre la Tierra y yo! Se diría, más bien, *intercambio de naturaleza*. Yo era Tierra y ella era hombre. Ella había acogido para sí mi enfermedad, mi pecado. Yo, al convertirme en Tierra, había tomado la vida, el calor, la juventud» (175). «Años, trabajos, dolores, todo se quedaba en el fon-

(167) Michelet, J., *La Mer*, ed. cit., pág. 50.

(168) Michelet, J., *La Mer*, ed. cit., pág. 215.

(169) Michelet, J., *La Mer*, ed. cit., pág. 216.

(170) Michelet, J., *La Montagne*, Librairie Internationale, A. Lacroix-Verboeckhoven, 7.^a ed., París, 1868, pág. II.

(171) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., pág. III.

(172) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., pág. IV.

(173) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., pág. 109.

(174) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., pág. 114.

(175) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., págs. 114-115.

do de mi féretro de mármol. Estaba renovado. Al salir tenía sobre mí no se qué resplandor untuoso. Algún elemento orgánico, aparte de los minerales, y del que se ignora la naturaleza, hace el efecto de un contacto animado, de haber comunicado con el alma invisible y el feliz calor que le comunica a su vez» (176). Sus anotaciones de 1854 sobre su experiencia durante los baños de lodo son muy similares: «la identificación entre yo y la naturaleza era demasiado perfecta; no me diferenciaba de ella en nada» (177). «Permanezco largo tiempo en el barro; me encuentro muy bien. Quietud singular, lo que los místicos hubieran llamado un estado próximo a la oración» (178).

Entre medias de sus libros naturalistas, en *La femme* (1859), se pueden leer cosas como estas: «Nuestra muerte física no es más que un retorno a los vegetales (...). Exhalados, en muy poco tiempo, somos rápidamente recogidos por la aspiración de las hierbas, de las hojas. El mundo vegetal, tan variado, por el que somos rodeados, es la boca, el pulmón absorbente de la naturaleza que continuamente nos necesita, que encuentra su renovación en el animal disuelto (...). Lo atrae con su amor, lo transforma con su deseo y le da el beneficio de la amable metamorfosis. Ella nos aspira vegetando y nos respira floreciendo. Para el cuerpo como para el alma, morir es vivir. Y no hay más que vida en este mundo» (179). Y cuando haya muerto, una vez enterrado, «mientras lloráis y me buscáis abajo, ya planta, árbol y flor, hijo de la luz, he resucitado hacia la aurora» (180). Poco más atrás, había escrito que la naturaleza es la madre divina: «Reducir todas las religiones a una cabeza para cortarla es un procedimiento muy fácil. Aun cuando hubierais borrado de este mundo el último vestigio de las religiones históricas, del dogma fechado, permanecería el dogma eterno. La providencia maternal de la Naturaleza, adorada en millares de religiones, muertas y vivas, del pasado o del futuro en las que no pensáis. Subsiste inmutable. Y, cuando un último cataclismo rompiese nuestro pequeño globo, ella persistiría, indestructible como el mundo del que ella es el encanto y la vida» (181).

Su concepción del pueblo como el auténtico «héroe» de la historia y de la Revolución se muestra en *Le Peuple* –donde descubre el instinto del pueblo que, al dominarle, la da una gran ventaja para la acción, de modo que es, al mismo tiempo, idea y acción– (182), de tal modo que fue la idea que se había hecho de él en dicha obra la que aplicaría a su *Historia de la Revolución*. Fue

(176) Michelet, J., *La Montagne*, ed. cit., pág. 115.

(177) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 269.

(178) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 272.

(179) Michelet, J., *La Femme*, en *Oeuvres Complètes*, Ernest Flammarion, 1893-1898, París, tomo 34, págs. 686 y 687.

(180) Michelet, J., *La Femme*, ed. cit., pág. 687.

(181) Michelet, J., *La Femme*, ed. cit., pág. 623.

(182) Michelet, J., *La peuple*, ed. cit., pág. 160.

uno de los que contribuyó, con sus obras, a la idealización del *pueblo* y del mesianismo del *pueblo francés*, y, en general, a la formación del nacionalismo de la izquierda (183). Con razón ha dicho Albouy que Michelet «fue el más grande creador de los mitos nacionales» (184). Bien entendido que en ese concepto mítico y mesiánico del pueblo se excluía a aquella parte que no encajaba en su concepción ideológica. En efecto, el pueblo de la Vendée, los vandeanos, no son el pueblo heroico, espontáneo, libre, fraternal y sabio, sino que son insolidarios, egoístas, fanáticos, feroces, ignorantes, bribones, salvajes, asesinos, ladrones, torturadores y bandidos (185). Si su *Historia de la Revolución francesa* es una epopeya de la Revolución, ficticia e imaginada, es también y sobre todo, una falsificación de la historia real que se muestra en toda su crudeza en el relato y su interpretación de la guerra de la Vendée, como, en su día, puso de manifiesto el inconformista Biré (186), destacando que lo que domina en esa *Historia* «es el odio: un odio violento, exasperado, furioso, contra la monarquía y contra la Iglesia y contra todos sus defensores» (187).

Al concluir su *Revolución*, resumiéndola, escribía: «Hasta ahora toda Historia de la Revolución era esencialmente monárquica (así para Luis XVI, así para Robespierre). Esta es la primera republicana, la que ha destruido los ídolos y los dioses. Desde la primera a la última página, no ha tenido más que un héroe: el pueblo» (188). Albouy no dejó de señalar que la credibilidad de esta historia se impone en virtud del poder que ejerce esta mitología (189). Su amor a la humanidad y, sobre todo al *pueblo*, especialmente si era el de París, iba acompañado de cuatro odios: «odio al sacerdote, a los reyes, a Inglaterra y a la burguesía» (190).

Defensor de los protestantes contra los católicos desde sus *Guerras de religión* (191) y su *Enrique IV*, este «profeta» de «una muerte provisional del cristianismo» (192), que rechazará por entero la Biblia en *La Bible de l'Humanité* (1864) y que reitera creer en Dios y en la inmortalidad del alma, incluso en su testamento (193), en lugar de la religión católica, es decir, «la religión de la

(183) Darriulat, Philippe, *Les Patriotes. La gauche républicaine et la nation. 1830-1870*, Éditions du Seuil, París, 2001, págs. 120-151.

(184) Albouy, Pierre, *Mythes et mythologies dans la littérature française*, (1969), Armand Colin, París, 1981, pág. 205.

(185) Michelet, J., *Histoire de la Révolution*, ed. cit., tomo VII, págs. 47-79 y 344-366.

(186) Biré, Edmond, *Causeries littéraires*, Librairie et Imprimerie Vitte et Perrusel, Lyon, 1890, págs. 122-164.

(187) Biré, E., *Causeries littéraires*, ed. cit., pág. 161.

(188) Michelet, J., *Histoire de la Révolution*, ed. cit., tomo IX, pág. 420.

(189) Albouy, P., *Mythes et mythologies dans la littérature française*, ed. cit., pág. 225.

(190) Simon, J., *Mignet, Michelet, Henri Martin*, ed. cit., pág. 257; cfr. 264-275.

(191) Fauquet, E., *Michelet ou la gloire...*, ed. cit. pág. 383.

(192) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, pág. 463.

(193) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, pág. 543; Fauquet, E., *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 416.

gracia», propone «la de la libertad y la justicia, la de 89» (194). Esa «religión del amor» supone la divinización de la nación, la divinización de Francia, cuya superioridad a todas las naciones no puede discutirse (195): «Que el hombre, desde la infancia, se acostumbre a ver un Dios viviente en la Patria» (196). Para Michelet, la patria es «ese Dios invisible en su alta unidad y visible en sus miembros y en las grandes obras en las que se decantó la vida nacional» (197). Francia, para Michelet, era el oráculo de ese dios para el resto de los pueblos: «El Dios de las naciones ha hablado por medio de Francia» (198). El nacionalismo de izquierdas tuvo en él su profeta: «La Patria, primero como dogma y principio. Después, la Patria como leyenda» (199). «La Patria, solo mi Patria puede salvar al mundo» (200). De ahí que, en su concepción de la historia, Francia fuera como una persona, como un alma (201). Hasta tal punto sobredimensionó el amor a Francia, elevándolo a algo absoluto, que Febvre pudo decir que «el amor a Francia fue, durante toda su vida, la gran religión de Michelet» (202). Michelet fue, pues, uno de los escritores de su época que contribuyó en gran medida a la creación del mito de la unidad nacional, el mito de una Francia moderna, fraternal y revolucionaria (203) y, especialmente, como ha puesto de relieve Millet, fue constructor de la leyenda nacional del pueblo-nación-revolución-fundación (204).

Su obra histórica, al decir de Fauquet, constituyó «el más persuasivo de los credos patriótico-humanitarios de los pequeño burgueses de su tiempo» (205). Pero se trataba, además, como advirtió Lasserre, de un «patriotismo condicional», de «un patriotismo de guerra civil», al excluir de la categoría de franceses a buena parte de la nación, los católicos (206).

(194) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, pág. 476.

(195) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., págs. 227-230.

(196) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 237.

(197) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 240.

(198) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 243.

(199) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 243.

(200) Michelet, J., *La peuple*, ed. cit., pág. 246.

(201) Destacada por gran número de autores, como Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García (*Les courants historiques en France. XIXe-Xe siècle*, [1999], Armand Colin, 2.^a ed., París, 2005, pág. 39) o Jean Maurice Biziere y Pierre Vayssiere (*Histoire et historiens. Antiquité, Moyen Age, France Moderne et Contemporaine* [1995], Hachette, París, 2004, pág. 143).

(202) Febvre, L., *Michelet et la Renaissance*, ed. cit., pág. 127.

(203) Millet, Claude, *Le légendaire au XIXe siècle. Poésie, mythe et vérité*, Presses Universitaires de France, París, 1997, págs. 190-191.

(204) Millet, Claude, *Le légendaire au XIXe siècle. Poésie, mythe et vérité*, ed. cit., págs. 209-213.

(205) Fauquet, E., *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., pág. 315.

(206) Lasserre, Pierre, *Le romantisme français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*, Société du Mercure de France, París, 1907, pág. 412.

Aunque como otros románticos sociales de su tiempo, él quizá no lo viera, al no percibir las antinomias y contradicciones de su pensamiento, sin embargo, hoy es pretender un círculo cuadrado esforzarse en mostrar que el nacionalismo de Michelet no tenía nada que ver con el *chauvinismo* que se desarrolló más tarde y que su nacionalismo no era excluyente argumentando que «era inseparable del internacionalismo de las luces» (207) o porque «no excluye un cosmopolitismo generoso», ya que amaba a otras naciones (208). Como había indicado Benichou (209), inevitablemente, en la práctica, traduce la supremacía de una nación sobre las otras y contradice al humanitarismo, constituyendo el germen de «la idolatría de la Nación». En la *Introducción a la Historia universal* había dejado bien patente que Francia era la intérprete de una nueva revelación: «Si el sentido social debe devolvernos a la religión, el órgano de esta nueva revelación, el intérprete entre Dios y el hombre, debe ser el pueblo social entre nosotros. El mundo moral tuvo un Verbo en el cristianismo, hijo de Judea y de Grecia; Francia explicará el Verbo del mundo social que vemos empezar». «Es a Francia a quien corresponde hacer estallar esta revelación nueva y explicarla. Toda solución social o intelectual es infecunda para Europa hasta que Francia la haya interpretado, traducido, popularizado (...), pues en ella, más que en ningún otro pueblo, se desarrolla, en la teoría y en la práctica, el sentimiento de la generalidad social» (210).

En esa exaltación pagana de la patria tenían que ser educadas la infancia y la juventud francesa, sustrayendo la educación a los religiosos: «Decís que los Hermanos [de las Escuelas Cristianas] enseñan mejor; lo niego», «el maestro de escuela es Francia; el Hermano es Roma, es el extranjero, es el enemigo» (211). No es, pues, extraño que Mignot alabara en Michelet, el germen de la escuela pública, laica y única (212). Con razón, Winock, comentando ese texto de Michelet, recuerda que éste, con sus ideas sobre la educación vertidas en *Le Peuple*, en tal materia «suministró uno de los puntos fuertes de la ideología republicana, que será patriota y laica» (213). Veintitrés años más tarde, Michelet insistirá en los perjuicios de la educación católica en un libro que, finalmente, titularía *Nos fils* (1869), tras haber pensado en llamarlo, durante su elaboración, *La educación*, y, poco después, *El niño* (214). En él, Michelet continúa su propaganda contra el pecado original y contra la Gracia, a lo que opo-

(207) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., pág. 158.

(208) Gaulmier, J., *Michelet*, ed. cit., pág. 43.

(209) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., págs. 546-547; cit. pág. 547.

(210) Michelet, J., «Introduction a l'histoire universelle», ed. cit., págs. 467 y 469.

(211) Michelet, J., *La peuple*, ed. cit., págs. 128-129.

(212) Mignot, H., *Michelet, éducateur*, ed. cit., págs. 23-33.

(213) Winock, Michel, *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, Editions du Seuil, París, 2002, pág. 347.

(214) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, ed. cit., págs. 510 y 512.

ne la bondad de la Naturaleza, que supone condenada por la religión católica, y en el que, no sólo es rechazada la educación de los jesuitas, sino diez siglos de historia: «el clero durante mil años» «ha sido estéril en la educación», «resultado fatal de su principio *anti-educador*» (215). Toda la doctrina de Michelet sobre la educación «es una requisitoria contra el espíritu y la obra de la Iglesia» (216).

Este fabulador (217), que, lo menos que puede decirse es que tenía una «percepción selectiva y partidista del pasado» (218) —al que sus admiradores, de lo que es buen ejemplo Lefebvre, prefieren calificar de «imaginativo», «sensible», «soñador» o «poeta»— (219), con motivo de la publicación de *Los miserables*, y según testimonio de los Goncourt, había dicho: «¡Ah! ¡He envejecido! ¡Ha habido dos cosas este año que me han hecho mucho daño! ¡Primero, la muerte de mi hijo; después, la novela de Hugo! ¿Por qué? ¡Muestra un obispo estimable y un convento interesante! Hay que ser como Voltaire: ¡un enemigo de vuestras ideas, de vuestros principios, hay que describirlo siempre como un miserable, como un bribón, como un pederasta!» (220). Antes, con motivo de la publicación de *Contemplations*, le había escrito que suprimiera unos versos

(215) Michelet, J., *Nos fils*, ed. cit., pág. 268.

(216) Mignot, H., *Michelet, éducateur*, ed. cit., pág. 17.

(217) Diversos autores demostraron que en la Historia escrita por Michelet la imaginación reinaba sobre la realidad acontecida. En crítica hoy olvidada por la historiografía, Nettement demostró que «a fuerza de querer sacar de los hechos las ideas que contienen, Michelet saca las ideas que no contienen», y que «somete los hechos a la tiranía de las ideas» (A. Nettement, *Histoire de la littérature française. Sous le gouvernement de Juillet. 1830-1848*, ed. cit., tomo II, pág. 408). Lasserre dice que «fue incapaz de distinguir entre la realidad y su imaginación, entre los hechos tal como fueron y los hechos tal como su fantasía y sus sentimientos exigían que fueran» (P. Lasserre, *Le romantisme français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*, ed. cit., pág. 366). Incluso Monod, en la primera obra que se ocupó de él, le describió como un «alucinado», aunque no soñador, debido a su gran «imaginación» (G. Monod, *Les maîtres de l'histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894, págs. 252 y 254).

En cuanto a sus errores históricos, que toda la crítica admite, sigue siendo interesante la obra de Gorini, referida a la Edad Media, en la que se muestran multitud de errores, casi siempre en detrimento de la Iglesia y de la religión católica (J. M. Sauveur Gorini, *Défense de l'Église contre les erreurs historiques de MM. Guizot, Aug. Et Am. Thierry, Michelet, Ampère, Quinet, Fauriel, Aimé-Marín, etc.*, Girard et Josserand, Lyon, 1855, tomo I, págs. 289-298, 308-313, 335-337, 374-379, 385-396, 401-403, 420-435, 489-493, 496-508, 551-561 y 564-570).

(218) Bourde, Guy, y Martin, Hervé, *Les écoles historiques*, Editions du Seuil, París, 1990; trad. esp. *Las escuelas históricas*, Akal, Torrejón de Ardoz, 1992, pág. 119.

(219) Lefebvre, Georges, *La naissance de l'historiographie moderne*, Flammarion, París, 1971; trad. esp., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Martínez Roca, Barcelona, 1974, págs. 206 y 211.

(220) Edmond et Jules de Goncourt, *Journal. Mémoires de la vie littéraire. I, 1851-1856*, edición de Robert Ricatte, con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont (col. Bouquins), París, 1989, pág. 838.

Verdaderamente, es un retrato de probidad intelectual, histórica y moral, muy propia de un profesor que había desempeñado la cátedra de historia y moral en el Colegio de Francia.

porque el cristianismo «es el enemigo». En carta del 4 de mayo, probablemente de 1856, Michelet le dice a Hugo:

«Este volumen nos inquieta. Es terrible exhumar de ese modo el pasado. El mundo, querido señor, el mundo que nutris con vuestra obra os pide que penséis en él».

«Creo que os rogaría, también, que le sacrificaseis algunas líneas, los seis versos del crucifijo» (221).

«(...) Yo moriré en la fe que imprimí en 1847 en el primer volumen de mi *Révolution*. El cristianismo y la Revolución son como ángulos salientes y entrantes, simétricamente opuestos, si no enemigos. Cuando el cristianismo abandone el estado de vampiro (ni muerto ni vivo), si no como un honrado muerto, apacible y tumbado, como la India, Egipto o Roma, entonces, sólo entonces, defenderemos todo lo que sea defendible».

«Mientras tanto, no. Es el enemigo» (222).

Claro que este genio de la literatura —así calificado por una corriente apologética todavía viva—, cuando ya había emprendido su particular «santa cruzada» contra la religión católica y la Iglesia y ya se había erigido en «justiciero de la historia», al preparar una nueva edición de la *Histoire de France au Moyen Âge*, sin rubor alguno, le indicará a su yerno que había que «purgar la obra» «de la profunda simpatía hacia la espiritualidad medieval plasmada en la versión primitiva». Alfred Dumesnil toma buena nota del encargo y resume la cuestión: «poner de relieve todo lo que es revolucionario, contra el cristianismo y el principio monárquico» (223). Y así, se pueden advertir las modificaciones de las ediciones de 1852 y 1861 verificadas con la original de 1833, respecto a la religión católica y la Iglesia, encarnación de la libertad y auténtica comunión con el pueblo, «eliminando todo aquello que pudiera parecer, por el fervor del tono y de la imaginación, que ponía la Edad Media católica como modelo» (224), y suprimiendo sus primitivos elogios a la teología de la Gracia. Su juicio y su aprecio de la literatura medieval, como ha mostrado Williams, también cambia, enfocando todos sus aspectos desde la perspectiva de un «ardiente demócrata» que enjuicia con la medida del aporte de aquellas obras al credo democrático (225).

(221) Se refiere Michelet a estos cuatro versos de *Écrit au bas d'un Crucifix*:

Vous qui pleurez, venez à ce Dieu, car il pleure.

Vous qui souffrez, venez à lui, car il guérit.

Vous qui tremblez, venez à lui, car il sourit.

Vous qui passez, venez à lui, car il demeure.

(222) Carre, J. M., *Michelet et son temps*, ed. cit., pág. 56.

(223) Viallaneix, P., *Michelet, les travaux...*, ed. cit., los entrecomillados en las págs. 264, 438, 445 y 446.

(224) Bénichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., págs. 519-523 y 531-532, cit. pág. 522.

(225) Williams, J. R., *Jules Michelet, historian as critic of french literature*, ed. cit., pág. 14.

Igualmente, de la primitiva edición de su *Revolución francesa* «expurgó lo que todavía parecía indulgente con el cristianismo» (226). Las modificaciones no estaban motivadas, en modo alguno, por nuevos conocimientos históricos (227), que, aunque erróneos, las justificarían, sino por su odio a la religión y a la Iglesia y a sus sacerdotes, que constituían un rival poderosísimo a su pretensión de ser el pontífice de una nueva religión —la de la deificación de la humanidad, en la que la fraternidad y la justicia serían sus principios—, que requería la destrucción del cristianismo (228). El 21 de mayo de 1854, Michelet anotaba en su *Diario*: «reconstruyo la Edad Media para destruirla» (229).

Febvre, sin la menor crítica o censura, dijo que Michelet se volvió crítico y severo con la Edad Media cuando ésta «se convierte en un arma en manos de los que considera, cada vez más, sus adversarios», y que las supresiones de textos en ediciones posteriores de sus libros tenía por objeto «atenuar el carácter cristiano del texto», porque en ese momento «se ha erigido, ásperamente, contra la Iglesia» (230). Incluso en tiempos más recientes, no han faltado los que se han ocupado de Michelet, teniendo en cuenta su época, para revalorizar su método frente a críticas anteriores (231) y proclamar su «gran objetividad» a pesar de «ciertos perjuicios y de algunos empecinamientos poco perdonables» (232), o lo han hecho sin decir una sola palabra sobre este cambio de actitud, en absoluto fruto del estudio de la historia, sino únicamente pasional y partidista, como es el caso de Walch, que silencia este aspecto tan llamativo y tan escandaloso en la obra de un historiador (233).

Fruto de esta nueva y singular *resurrección* de la historia fue su elogio de las brujas y las hechiceras medievales, con sus misas negras y su pacto con el dia-

(226) Bénichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 536.

(227) Es erróneo el razonamiento de Monod cuando intenta explicar, justificándolo, el cambio de Michelet diciendo que se debió, por una parte, a que al seguir el curso de la historia hacia nuestros días, vio que la acción de la Iglesia había ido cambiando y que «después de haber sido la guardiana y el apóstol de la civilización, se convirtió en la enemiga de todo progreso y de toda libertad»; y, por otra, a que «el espíritu clerical renaciente se esforzaba en llevar la sociedad moderna, de nuevo (...), a la imitación de la Edad Media» (G. Monod, *Les maîtres de l'histoire...*, ed. cit., págs. 244 y 245). Aunque hubieran sido ciertos esos hechos, que no lo eran, el argumento es inútil para explicar y, aún menos para justificar, que los hechos posteriores, de siglos más tarde, puedan hacer variar la realidad de los hechos de siglos anteriores, aquellos en los que la Iglesia, según redacciones anteriores, había sido «guardiana y apóstol de la civilización».

(228) Cfr. Bénichou, P., *Le temps des prophètes*, ed. cit., págs. 532 y sigs.

(229) Michelet, J., *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 256.

(230) L. Febvre, *Michelet et la Renaissance*, ed. cit., págs. 162, 232 y 234.

(231) Bouvier-Ajam, Maurice, «De la méthode de Michelet», *Europe*, núm. 535-536, noviembre diciembre 1973, págs. 15-27.

(232) Bouvier-Ajam, M., «L'Histoire cent ans après Michelet», *Europe*, núm. 535-536, noviembre diciembre 1973, págs. 162-174, cit. pág. 173.

(233) Walch, Jean, *Les maîtres de l'histoire, 1815-1850. Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, Edgar Quinet*, Champion-Slatkine, Ginebra, 1986, págs. 193-232.

blo y la exaltación de Satán como liberador, llevado a cabo en *La sorcière*, publicada en 1862, cuyo objeto parece haber sido mostrar su aversión a la Edad Media y a la Iglesia, pues tal inquina aparece sin ningún reparo: «una inmensa niebla, una pesada neblina gris plomo, envolvió al mundo (...) en una espantosa duración de mil años»; «la profunda desesperación que provocó el mundo de la Iglesia produjo la bruja» (234). Naturalmente que no han faltado quienes, también en esto, han pretendido dar una explicación satisfactoria a las ideas tortuosas y destructivas de Michelet y han quitado importancia al hecho de que se elija al diablo como ejemplo de virtud y encarnación de una sana rebeldía, sustituyendo su significado real o por otro simbólico. Así, Pugh ha querido ver que el recurso a Satanás para Michelet «es un paradójico símbolo para su sentido de la piedad social y para su fe en la dignidad humana», «un símbolo del sentido individual del libre arbitrio y de la creencia en la libertad» (235). Con toda razón, Menéndez Pelayo pudo decir que «sus feroces preocupaciones de sectario, exacerbadas por su separación de la cátedra que desempeñaba en el Colegio de Francia, y por su famosa campaña contra los jesuitas, le privaron de toda imparcialidad y templanza», hasta caer «en un caos de alucinaciones místico-revolucionarias» (236).

Michelet superó pronto las tentaciones políticas y rechazó ser candidato a diputado en 1848 (237), renunció a su profesión de archivero al negarse a prestar juramento como funcionario público a Luis Napoleón, lo que le honra al renunciar al empleo por tal motivo. Desde entonces, su pluma le permitió vivir como un pequeño burgués, cada vez más desahogadamente, con frecuentes viajes por Francia y por el extranjero. Partidario de la revolución de 1848, admirador de Alemania incluso tras su victoria en Sadowa —que celebró de este modo: «estábamos conmovidos al ver la bella cultura protestante victoriosa sobre la barbarie católica»— (238), terminó condenando el intento revolucionario parisino de 1871. A su muerte dejó una herencia tasada en seiscientos mil francos (239), toda una fortuna. No sin cierta razón, aunque motivado por su mentalidad marxista, Mathiez reprocharía que «se jactase de ser el pueblo», recordando en Michelet su educación clásica, su asiduidad a los salones dorados, haber sido profesor de infantas y, con toda razón, concluía: «aficionado a la filosofía, nunca fue filósofo» (240). No han faltado, sin

(234) Michelet, J., *La sorcière*, prólogo y cronología de Paul Viallaneix, GF Flammarion, París, 2004, págs. 57 y 35.

(235) Pugh, A. R., *Michelet and his ideas on social reform*, ed. cit., pág. 46.

(236) Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1994, vol. II, pág. 884.

(237) Véase sobre la cuestión Viallaneix, P., *La voie royale...*, ed. cit., pág. 347 y ss.

(238) Michelet, J., *La France devant L'Europe*, Successeurs Le Monnier, 2.^a ed., Florence, 1871, pág. 7.

(239) Petitier, P., *Jules Michelet. L'homme histoire*, ed. cit., pág. 461.

(240) Mathiez, Albert, citado por Chabaud, A., *Jules Michelet. Son oeuvre*, ed. cit., pág. 54.

embargo, quienes le consideraron, además de historiador, un filósofo de la historia (241).

Michelet, académicamente ambicioso, pagado de sí mismo por su supuesta y autoproclamada superioridad en el conocimiento de la Historia, se complacía en afirmar que hasta entonces nadie había manejado los archivos como él (242). No siempre fue así, ni siempre acudió a las fuentes. Rudler demostró que su *Juana de Arco*, publicada en primer lugar, en 1841, como parte de su monumental *Historia de Francia*, editada en 1853 de forma independiente, «es un resumen» de las obras de L'Averdy y de Lebrun, por lo que se apoyó en fuentes de segunda mano sin contrastarlas con las fuentes originales (243), de forma que «compuso una leyenda patética y dramática, patriótica y religiosa, una epopeya, una obra de filosofía y de arte» (244).

En carta a su, hasta entonces, entrañable amigo Quinet y en la que rompe con él a consecuencia de su *Revolución*, enojado por considerarse ninguneado por Quinet, afirma que fue el único, en un trabajo que le llevó siete años, «en exhumar de los archivos la revolución» (245). En realidad, el distanciamiento entre ambos había comenzado en 1861 a causa de divergencias políticas –y no sólo doctrinales– sobre la respectiva concepción de la Revolución francesa, motivadas por la diferente percepción del régimen instaurado por Napoleón III, que Quinet –exiliado ya voluntariamente– rechazaba de plano, mientras que Michelet indicaba que, a pesar de todo, Francia había progresado materialmente (246).

En el fondo ególatra, como se manifiesta, ya en su juventud, al escribir su *Memorial* y su *Journal*, que en una eventual futura publicación, aparecerá que «Rousseau no será el único hombre que se ha conocido» (247). En la introducción a la *Historia de la Revolución*, escribió: «¿Quién sin creerse dios podría

(241) Esta pretendida filosofía de la historia «se resume en algunas frases fuertes: «el hombre es su propio Prometeo», «el cristianismo desaparece del mismo modo que la arbitrariedad y la gracia que le acompañan», «la historia de la civilización es la lucha de la libertad contra la fatalidad», «Gloria a los pueblos que triunfarán de sus tiranos». Es un pensamiento que lleva a la acción, por el conocimiento, al tiempo que por la Revolución. Es un pensamiento mesiánico en cuanto anuncia la felicidad de los hombres», Gérard Milhaud, «Michelet, philosophe de l'histoire», *Europe*, núm. 535-536, noviembre diciembre 1973, págs. 28-42, cit. pág. 28.

(242) Sée indicó que esta pretensión de Michelet estaba muy lejos de ser real (H. See, *Science et Philosophie de l'Histoire*, ed. cit., pág. 356).

(243) Rudler, Gustave, *Michelet. Historien de Jeanne d'Arc*, Les Presses Universitaires de France, París, 1925, tomo I, *La Méthode*, págs. 12-13.

(244) Rudler, G., *Michelet. Historien de Jeanne d'Arc*, ed. cit., tomo I, pág. 67.

(245) Citado por François Furet, *La gauche et la révolution au milieu du XIXe siècle*, París, Hachette, 1986, pág. 102.

(246) Bernard-Griffiths, Simone, «Rupture entre Michelet et Quinet. A propos de l'Histoire de la Révolution», en Viallaneix, P., y otros, *Michelet cent ans après*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1975, (págs. 145-165), págs. 146-147.

(247) Michelet, J., *Ecrits de jeunesse...*, ed. cit., pág. 182.

hacer algo grande? (...) ¡Seamos dios! Lo imposible se hace posible y fácil... Entonces derribar un mundo es poco; pero se crea un mundo» (248). ¿Se refería sólo a los protagonistas de la Revolución? Me parece que no es aventurado pensar que se lo aplicaba a sí mismo como historiador.

Tampoco él, como otros antes y después, como Hugo, escapó al narcisismo de rehacer su propia biografía a fin de que su pasado encajara mejor en los moldes correspondientes al republicano radical popular en que se convirtió desde los primeros años de la década de los cuarenta. Mitzmann (249) se ha referido a «la leyenda autobiográfica» de Michelet ocultando parte de sus orígenes familiares, pues como había puesto de manifiesto Fauquet (250), pertenecía por parte materna a una familia de clase media rural, bien cultivada y educada y por parte paterna, su abuelo había sido un protegido del abate de Borbón, hijo de Luis XV, lo que le permitió dar una buena educación a su familia. Muy diferente, pues, de su confesión, según la cual las dos familias de las que provenía «eran originariamente familias de campesinos que unían a la labranza un poco de industria» (251). Y si su padre, propietario de una imprenta, conoció malos tiempos desde 1800, fue debido a los avatares del periodo revolucionario y a la reducción de imprentas impuesta por Napoleón en 1808, por lo que de ningún modo es correcto que nació «como una hierba sin sol entre dos adoquines de París» (252). Por ello, su identificación con «el pueblo» por su procedencia familiar es, cuando menos, engañosa. De ahí que la insistencia de Viallaneix sobre el origen «plebeyo» de Michelet y su «fidelidad plebeya» (253) no puede demostrar nada, porque era inexistente; insistencia que resulta incomprensible cuando se ha indicado que las familias de donde procede Michelet eran pequeños propietarios y rentistas (254), lo que, desde luego, no es lo mismo que proceder del pueblo, cuando con tal expresión se alude a quien nada posee.

Michelet «desde niño conservó la idea orgullosa de que estaba llamado a grandes destinos y a ser un conductor de hombres» (255). Fue otro de esos autores endiosados en los que la hipertrofia del yo —que no se manifestó en todos ellos del mismo modo— motiva su pensamiento y explica buena parte de su comportamiento. También en su modo de escribir la historia hasta deformarla. Taine (256), con gran perspicacia, escribió, respecto a su *Historia de*

(248) Michelet, J., *Histoire de la Révolution*, ed. cit., tomo I, pág. 123.

(249) Mitzmann, A., *Michelet ou la subversion...*, ed. cit., págs. 25-27.

(250) Fauquet, E., *Michelet ou la gloire...*, ed. cit., págs. 19-23.

(251) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 64.

(252) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., pág. 68.

(253) Viallaneix, P., *La voie royale...*, ed. cit., págs. 21, 24, 28, 30, 48, 83 y *passim*.

(254) Viallaneix, P., *La voie royale...*, ed. cit., págs. 57-63.

(255) Monod, G., *La vie et la pensée de Jules Michelet*, ed. cit., tomo I, pág. 13.

(256) Cantero, E., «Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Hippolyte Taine», *Verbo*, núm. 453-454, marzo-abril 2007, págs. 219-264.

Francia, que en Michelet, «la emoción se transforma en convicción» y que tenía «por método el instinto» (257). Su crítica al volumen sobre *El renacimiento*, séptimo de los de su *Historia de Francia*, en 1855, en el que le calificaba de poeta, suscitó el enfado de Michelet. Taine concluía así su crítica: «El señor Michelet ha dejado agrandarse en él la imaginación poética. Y esta ha cubierto o ahogado las otras facultades que al principio se habían desarrollado de acuerdo con ella. Su historia posee todas las facultades de la inspiración: movimiento, gracia, espíritu, color, pasión, elocuencia; no tiene las de la ciencia: claridad, exactitud, certeza, medida, autoridad. Es admirable e incompleta; seduce y no convence. Quizá, dentro de cincuenta años, cuando se quiera definirla, se dirá que es la epopeya lírica de Francia» (258).

El rechazo del pecado original y de la Gracia fue expresión algo tardía de la negativa a admitir tanto la pequeñez de uno mismo, del hombre ante Dios, como que la grandeza procede de Él. Johnson, en una obra muy poco crítica con la crítica de Michelet a la religión católica, captó, sin embargo, que la defensa del hombre que hacía Michelet, para el que el hombre no debe nada a Dios, suponía «la idea de que Dios necesita al hombre», aunque se equivocaba al comentar que eso no entrañaba ni egotismo ni orgullo (259).

La introspección de sí mismo, si fue sincero, fue conduciéndole hacia una especie de sentimiento religioso de su misión, propio de un iluminado: «Nunca tuve un sentimiento más religioso de mi misión que durante los cursos de los dos [últimos] años; nunca comprendí mejor al sacerdocio, al pontificado de la historia; llevaba todo ese pasado como había llevado las cenizas de mi padre o de mi hijo» (260); y se consideraba el más adecuado para desenmascarar el peligro de los jesuitas porque ningún otro profesor antes que él había puesto en la enseñanza la fe en la juventud y la búsqueda de la curación del alma (261). Oráculo del pueblo por su tarea de historiador por la resurrección del pasado que prepara el futuro, se cree o escribe creerse, ser el nuevo sacerdote-profeta del humanitarismo. La forma interrogativa con que lo escribe en su *Journal* (262), se resuelve afirmativamente —como dice Benichou— gracias al amor de Athénaïs, que «establece la unión entre el yo y la especie, entre el Historiador y la Humanidad» (263). No solamente predicaba de sí mismo ser del pueblo, sino que era el mismo pueblo: «Hijo del pueblo, he vivido con

(257) Taine, H., *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, Aguilar, Madrid, 1953, págs. 133 y 142.

(258) Taine, H., *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, ed. cit., págs. 120-121.

(259) Johnson, M. E., *Michelet et le Christianisme*, ed. cit., pág. 244.

(260) Michelet, *Des jesuites*, Comptoir des Imprimeurs-Unis, Hachette, Pantin, París, 6.^a ed., 1844, pág. 38.

(261) Michelet, *Des jesuites*, ed. cit., págs. 31-32.

(262) Michelet, *Journal*, ed. cit., tomo II, pág. 12.

(263) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 530.

él, lo conozco, soy yo mismo» (264); «nacé pueblo, tenía el pueblo en el corazón» (265).

Como ya había observado Monod, Michelet «terminó por creer que la historia vivía en él (como él vivía en ella) y que, cuando los documentos faltaban, podía penetrar más allá de los textos escuchando a su corazón», lo que le condujo a una situación «en la que deja de ser historiador para convertirse en visionario y profeta» (266). Como indicó Pugh, en un ambiente de idealismo y de utopismo, Michelet, como Saint-Simon, como Fourier, como Comte, como Pierre Leroux, como Lamennais, o como Mickiewicz —a los que se podrían añadir una lista casi interminable—, se sintió «un profeta entre profetas», de modo que «en un cierto sentido fue un profeta del pasado y a través de su adhesión a los principios de la Revolución, fue el profeta de una meta social nunca alcanzable y permanentemente evanescente» (267). Con la enseñanza de la historia pretendió «establecer las bases de una sociedad nueva», creyendo que esa era su misión (268).

Con gran perspicacia, Benichou ha indicado que la ruptura con el cristianismo se produjo antes en el terreno del «sacerdocio» que en el de la doctrina: «La vocación del ministerio humanitario hacia insoportable el ministerio cristiano que le impedía el paso» (269). Incluso literalmente, como ocurrió en los últimos momentos de Adela Dumesnil. Como ha observado Benichou, la «religión» de la humanidad implica una «autolatría» (270). Incluso en su consideración de la mujer, especialmente de la esposa, como una «religión» (271), ¿no habría una autocomplacencia y un reflejo narcisista? Al fin y al cabo, la esposa tenía que ser moldeada por el marido (272) y asociarse a la fe del esposo (273), señor y dueño de una enferma, no sólo ocasional sino permanente y hasta su muerte, por su naturaleza sanguinolenta (274). Tal autoadoración incluye la de sus pontífices hacia sí mismos. ¿Cómo iba a ser posible aceptar el pecado original, la Gracia y la necesidad de Redención? La oposición entre justicia y Gracia, que él imaginó, era algo que «su corazón no podía admitir» (275).

(264) Michelet, *Le Peuple*, ed. cit., pág. 156.

(265) Michelet, *Nos fils*, ed. cit., pág. 363.

(266) Monod, G., *La vie et la pensée de Jules Michelet*, ed. cit., tomo II, págs. 11 y 12.

(267) Pugh, A. R., *Michelet and his ideas on social reform*, ed. cit., págs. IX y XXX.

(268) Harmand, R., *Michelet. Étude et Extraits annotés*, ed. cit., pág. 74.

(269) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 532.

(270) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 529.

(271) Michelet, J., *La Femme*, ed. cit., págs. 624-625.

(272) Michelet, J., *L'Amour*, ed. cit., *passim*.

(273) Michelet, J., *La Femme*, ed. cit., pág. 400.

(274) Sobre las ideas equivocadas y nocivas de Michelet sobre la mujer, Thérèse Moreau, *Le sang de l'Histoire. Michelet, l'Histoire et l'idée de la femme au XIX^e siècle*, Flammarion (Nouvelle Bibliothèque Scientifique), París, 1982, en especial, págs. 105-200.

(275) Monod, G., *Les maîtres...*, pág. 246.

Imputar a la Iglesia pasividad absoluta y resignación permanente ante la vida porque la salvación no procede de las obras de cada cual sino que es un don de Dios es doblemente falso: lo es históricamente y lo es doctrinalmente. Respecto a la historia, él mismo había escrito otra cosa en el primer tomo de su *Historia de Francia*; doctrinalmente era una afirmación en exceso simplificadora que se aplicará mejor a la doctrina protestante.

En su contradictoria e incoherente «filosofía» —por mucho que su moderno apologeta Viallaneix se esfuerce en razonar lo contrario—, próxima a «un antropomorfismo universal» (276), que se muestra en *El pájaro* (277) o en *El Insecto* (278), lo más sobresaliente fueron su radical anticristianismo rehusando cualquier herencia cristiana (la Revolución «era una Iglesia en sí misma» [279]) —y de ahí sus reproches a Quinet (280) o a Esquiros que veía en ella la continuación del cristianismo (281)— y su divinización del pueblo y de su «instinto vital», del instinto de los sencillos (282). Así, pudo escribir: «La base que engaña menos, estamos orgullosos de decirlo a los que vendrán detrás de nosotros, es aquella de la que los jóvenes sabios desconfían más y que una ciencia perseverante termina por encontrar tan verdadera como fuerte, indestructible: es la *creencia popular*» (283).

El duro juicio de Sainte-Beuve, al menos por esta vez, parece plenamente acertado: Michelet fue «uno de los escritores más insalubres, más funestos, para la salud del espíritu público» (284).

(276) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 561. Lo niega Viallaneix (*La voie royale...*, ed. cit., pág. 439).

(277) «La fe religiosa que anida en nuestro corazón y que aquí enseñamos es que el hombre se unirá a toda la tierra» (J. Michelet, *L'Oiseau*, ed. cit., pág. X).

(278) Con su admiración por los insectos, especialmente por las hormigas, quizá porque «la hormiga es franca y profundamente republicana», con su sublimación de la reproducción sexual de los insectos que culmina en «el amor de la madre insecto», desvarios que traen causa de que, según dijo, «creía que iba a estudiar cosas y me encontré con almas» (J. Michelet, *L'Insecte*, ed. cit., págs. 357, 43-44 y 359).

Halévy, negando que fuera panteísta, estimaba que éstas obras sí lo eran, D. Halevy, *Jules Michelet*, ed. cit., pág. 147.

(279) Michelet, J., «Prólogo» de 1868 a su *Historia de la Revolución francesa*, en François Furet, *La gauche et la révolution au milieu du XIXe siècle*, París, Hachette, 1986, pág. 286.

«Dos principios enfrentados: el principio cristiano y el principio de 89. ¿Qué conciliación cabe? Ninguna» (J. Michelet, *Nos fils*, ed. cit., pág. 11).

(280) Quinet, Hermione, *Cinquante ans d'amitié. Michelet-Quinet (1825-1875)*, Armand Colin et Cie, París, 1899, pág. 302.

(281) Benichou, P., *Le temps des prophètes...*, ed. cit., pág. 536.

(282) Michelet, J., *Le Peuple*, ed. cit., págs. 151 y ss.

(283) Michelet, J., Introducción al tomo II de su *Histoire de la Révolution Française*, en *Oeuvres Complètes*, Ernest Flammarion, 1893-1898, pág. 3.

(284) Augustin Sainte-Beuve, Charles, *Mes poisons*, introducción de Pierre Drachline, José Corti, 1988, pág. 120.